

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



DICE MARÍA FERNANDA PALACIOS: no estoy de acuerdo en aislar a Teresa de la Parra del conjunto de novelistas al que pertenecen Rómulo Gallegos, José Rafael Pocaterra, Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blan-

co Fombona y Enrique Bernardo Núñez, de la que se tiende a ponerla aparte porque era mujer, era intimista y porque escribía bien (mientras que algunos de ellos lo hacían torpemente porque eran políticos).



ANIVERSARIO >> 200 AÑOS DE LA BATALLA DE AYACUCHO

Ayacucho: doscientos años de soledad

"Nuestras repúblicas, en mayor o menor medida, se erigen sobre la estigmatización, la minusvaloración y el olvido de lo hispano. ¿Por qué es esto de la más alta gravedad? Porque, en primer lugar, la hispana es nuestra raíz principal, dado que nos ha proporcionado las columnas esenciales de toda cultura: lengua y religión. Desconocerla es desconocernos"

CARLOS LEÁÑEZ ARISTIMUÑO*

Hace doscientos años, exactamente el 9 de diciembre de 1824, se sella con la batalla de Ayacucho la ruptura más grave del imperio español: el desprendimiento de su cuerpo de la enorme y rica Hispanoamérica continental. Comienzan entonces las repúblicas hispanoamericanas su andadura separada del gran cuerpo imperial, en el que eran parte de una potencia mundial. Dos siglos signados por la ultrafragmentación, el autoodio y la alienación. El resultado está a la vista: ninguna de nuestras repúblicas escapa a la subordinación, la inestabilidad y la pobreza. Ninguna se sienta a la mesa del poder. Ni una sola coescribe la historia del mundo.

El pecado original de nuestra separación de España es la ultrafragmentación: lo que era un uno poderoso se transformó en veinte impotencias. Nuestros dirigentes decidieron dejar de ser parte de la fibrosa musculatura de un león para erigirse en cabezas de atolondrados e impotentes ratones que corretean peligrosamente entre paquidermos. Nuestras élites –o buena parte de ellas– hicieron estallar un galeón de gran calado y nos mantienen navegando, a merced de las corrientes, aferrados a uno de los veinte restos del magnífico buque. No hemos sido directamente colonizados o invadidos porque ha resultado más rentable mantenernos como clientes o vasallos.

Paralelamente al pecado anterior corre –sellándolo– el pecado del autoodio: desprecio o incluso negación de nuestros ancestros hispánicos. Consecuencia de este pecado, brota, naturalmente, el tercero: la alienación. Los pueblos necesitan un destino y, si se autoniegan, si se desconocen, terminan entrampados siguiendo rutas de cartas de navegación ajenas que los pierden en medio de la tormenta.

Nuestras repúblicas, en mayor o menor medida, se erigen sobre la estigmatización, la minusvaloración y el olvido de lo hispano. ¿Por qué es



BATALLA DE AYACUCHO – MARTÍN TOVAR Y TOVAR / PALACIO FEDERAL LEGISLATIVO, CARACAS, VENEZUELA

esto de la más alta gravedad? Porque, en primer lugar, la hispana es nuestra raíz principal, dado que nos ha proporcionado las columnas esenciales de toda cultura: lengua y religión. Desconocerla es desconocernos. Porque, en segundo lugar, entre nuestras raíces, es la única común a todos los hispanoamericanos: las otras –la indígena, la africana– son muy estimables y muy nuestras, pero son claramente locales: poco tiene que ver un mapuche con un yanomami. En otras palabras, solo el reconocer la raíz hispana puede revertir el camino ultrafragmentador, darnos la talla apta para estar en el mundo.

La amputación o infravaloración de lo hispánico nos hace ontológicamente inviabil. Al estar desconectados o mal conectados con nuestro ser más rotundo y medular, navegamos la historia sin brújula en una noche sin estrellas: nos debatimos en una mezcla de estéril agitación e insensata alienación que nos ciega y condena. Además, la anulación o debilitamiento de nuestra única raíz común nos hace radicalmente impotentes. ¿Cómo podemos incidir significativamente en los procesos mundiales –en manos de fuerzas gigantes– desde veinte entidades políticas relativamente pequeñas que apenas tienen lazos políticos entre ellas? Imposible.

El estruendo de la guerra que nos separó de España y la necesidad de justificarla llevó a una lastrante hispanofobia que no cesa.

Doscientos años después de Ayacucho ha llegado el momento de poner los puntos sobre las íes y generar una narrativa completa, veraz y útil de nuestro pasado para salir del foso en el que nos hallamos atrapados desde hace dos siglos. Primero que todo, admitamos nuestra condición esencialmente afroindohispánica: no éramos *nosotros* antes del advenimiento de esta condición. Es decir, no somos indígenas vejados, somos un pueblo nuevo fundado por todos nuestros ancestros sobre una compleja base de pactos, conflictos, diplomacia, evangelización, comercio... ¡todo tipo de intercambios y formas de contacto!

Admitamos ahora que nuestra raíz principal es la hispánica por aportar las columnas clave de nuestra cultura: su base católica y la lengua que designa y ordena nuestra comuni-

dad. En efecto, lengua y religión son pilares ineludibles de cualquier cultura: impregnan todos los aspectos de la vida social –festividades y rituales, normas sociales, arte, gastronomía, arquitectura, calendario, leyes, política...– configurando en enorme medida identidad y cosmovisión.

Finalmente, convengamos que resulta imprescindible conocer cabalmente nuestra raíz principal para tener rumbo certero y salir del laberinto. El mito disfuncional preponderante –vehiculado en conversaciones, chistes, manuales escolares, discursos políticos, nombres de plazas, calles, monumentos, liceos, universidades, satélites, represas...–, que late con excesiva frecuencia en mentes y corazones ingenuos, manipulables y necesitados de pertenencia colectiva, es una total falsificación. Postula que nuestros ancestros indígenas –a quienes se aplica el pronombre *nosotros*– eran santos en armonía política y ecológica que fueron invadidos por nuestros ancestros españoles –a quienes se aplica el pronombre *ellos*–, máquinas de vejar, matar, violar y robar. ¿A dónde podemos dirigirnos desde semejantes caricaturas? Al desatino permanente en el que nos hallamos desde hace doscientos años.

Nuestros ancestros indígenas se hallaban en América desde tiempos relativamente recientes, eran pocos y se encontraban en lidia permanente con la naturaleza de un continente gigantesco e indomable que corre de norte a sur con los climas más disímiles. Nuestros ancestros europeos, en cambio, se hallaban en el gigantesco bloque euroafroasiático desde hacía muchísimo más tiempo. Un bloque con mucha más población, que corre en latitudes benignas climatológicamente hablando. Estas condiciones favorables permitieron el despliegue de concepciones y tecnologías europeas que terminaron por conectar al hombre americano con el resto del mundo. Y esta conexión implicó, en el caso de Hispanoamérica, no la supresión de quien ya la habitaba ni su esclavitud o su marginación –usuales en la época–, sino su integración signada por el bautismo, el mestizaje y la transferencia masiva de tecnologías y recursos –bestias de tiro y carga, caballos, arados,

rueda, cerdos, vacas– en el marco de una red prodigiosa de caminos, rutas marítimas, puertos y ciudades. Surgió un pueblo nuevo. Uno que, cuando comienzan las guerras que habrían de fragmentarlo en decenas de islas, contaba con la moneda más sólida del orbe, paz en los caminos, un nivel de prosperidad importante y la adhesión del común a un orden católico y monárquico, signado por la unidad tolerante de la diversidad, el mestizaje y la protección al indígena, y que había dado un marco de siglos de estabilidad relativa. Un pueblo nuevo que, durante los siglos XVI y XVII, participaba en la dinámica de un poder mundial sin parangón, con las más altas cotas en todos los ámbitos del quehacer humano.

En un puñado de años nuestra unidad política fue rota. Pero seguimos siendo básicamente católicos y el español gana incluso muchísimos más hablantes. En otras palabras, ruptura política, pero continuidad cultural. El pueblo nuevo persiste. Pero la ruptura política –en la precipitación de crear nuevos Estados, sin ninguna reflexión seria sobre el terreno que se pisa– echa mano –acrítica, indolente, irresponsable– de las doctrinas de moda: se fuerza un esquema anglofrancés perfectamen-

te inoperante por ajeno. Adviene la inestabilidad crónica, el desatino permanente, una suerte de desquiciamiento antropológico. Es el fruto del pecado de la alienación. Se pierde la capacidad de generar formas jurídicas pertinentes e institucionalidad adaptada, capaces de generar cohesión, estabilidad, prosperidad. Y hemos seguido echando mano de las doctrinas que las modas van imponiendo –marxismos, indigenismos, neoliberalismos, posmodernismo– siempre en el quimérico afán de ser lo que no somos: estadounidenses, franceses, ingleses, indígenas “puros”... o, como máximo, una invención que nos disfraza y diluye: latinoamericanos.

Somos un pueblo nuevo, mestizo, cuya raíz principal es la hispana. Conocerla con propiedad es esencial para dar con nuestro ser colectivo y poder caminar vigorosamente y con aplomo hacia los objetivos que debemos alcanzar. Detener la falsificación u omisión prevalecientes en la conciencia colectiva de los trescientos años que vivimos unidos es, pues, prioritario: no fueron años de depredación y esclavitud, sino de forja compleja de un pueblo nuevo que, mientras estuvo unido, fue relevante, respetado y capaz de grandes ejetorias. Por ser esto así –nadie va a la conquista de un cerro de basura y miseria– los poderes del mundo –con Inglaterra a la cabeza– intentan dividirlo: es imprescindible para el surgimiento del nuevo hegemon angloprotestante y sus paradigmas. Tras intentarlo de múltiples maneras –piratas, guerras abiertas– y fracasas, logran infiltrar a élites hispanoamericanas –imbuidas en los aires ideológicos de los tiempos– y apoyarlas a todo nivel para no solo separar al pueblo nuevo de la España peninsular –el gigante habría permanecido con dimensiones respetables–, sino hacer que este se fragmentara en decenas para asegurar su impotencia. Y, como remate, los nuevos enanos políticos no se autoescultan: pasan a asumir esquemas ajenos que nos tornan disfuncionales.

Doscientos años después de Ayacucho, hemos de pasar del autoodio al conocimiento para recordar que somos una familia muy amplia capaz de grandeza. La memoria de nuestra amplitud ha de impulsarnos a pasar de la ultrafragmentación a una cohesión creciente: solo en la talla grande encontramos una vez –y encontraremos ahora– un acomodo específico nuestro y tendremos la fuerza para hacerlo respetar por los grandes poderes del mundo. La memoria de nuestra grandeza ha de animarnos a *pasar de la alienación a un camino propio*, porque fuimos estables y plenos cuando forjamos, desde una profunda auscultación de nuestro ser, nuestros parámetros específicos para estar en el mundo y rendir en él máximos frutos. ☉

*Panhispania –instancia de reflexión sobre la inserción óptima del bloque hispánico en el mundo– agradece al *Papel Literario* de *El Nacional* y a su director, Nelson Rivera, el haber acogido la proposición de resaltar, mediante textos de algunos de sus miembros, así como de plumas independientes, los doscientos años de Ayacucho. Todo con el fin de poner el foco y la lupa sobre lo que fue roto, sobre sus consecuencias, sobre las posibles vías para reunir los pedazos de Hispanoamérica y retomar caminos de plenitud.

*Miembro de Panhispania.

“
Doscientos años después de Ayacucho ha llegado el momento de poner los puntos sobre las íes y generar una narrativa completa, veraz y útil”

ANIVERSARIO >> 200 AÑOS DE LA BATALLA DE AYACUCHO

Ayacucho: gloria, ruptura y destino

"Desde Ayacucho nos consideramos los meritorios responsables de nuestros aciertos, herederos de una estirpe heroica que comenzó con el acto mismo (no antes) de desgajarnos del tronco común ibérico. En cambio, sí reconocemos nuestros orígenes hispánicos cada vez que sentimos cualquiera de las íntimas insuficiencias que acarrea nuestra identidad, achacándole a dicho componente la culpa de nuestros fracasos reales o imaginarios"

MIGUEL ÁNGEL MARTÍNEZ MEUCCI

La batalla de Ayacucho, librada hace doscientos años, es generalmente asumida como el fin de la dominación española en Sudamérica. De acuerdo con el relato predominante, inculcado en las escuelas y arraigado en la conciencia colectiva de nuestros pueblos, Ayacucho viene a ser el momento cumbre de la historia hispanoamericana. Es el logro mayor, la gesta máxima, la victoria definitiva con la que se consagró la obra de nuestros más destacados héroes. Nada hemos hecho tan glorioso, según este relato, como separarnos de España.

La aceptación acrítica o inconsciente de este relato suele conllevar, no obstante, varias creencias implícitas. Una de ellas es que el tiempo que precedió a dicha separación debe ser asumido como deleznable y oprobioso. Otra es la íntima convicción, más o menos inadvertida, de que desde entonces ninguna generación ha vuelto a estar a la altura de nuestros immaculados héroes fundadores. Ambas se dan la mano para configurar un relato que irremisiblemente nos conduce hacia angustiosas conclusiones en el plano existencial de la identidad nacional.

Según el relato predominante, Ayacucho nos permitió recuperar "nuestra" libertad original. El "nosotros" que implícitamente realiza dicha afirmación excluye el componente español de nuestro ser —y no, curiosamente, el africano, a pesar de proceder también de otras latitudes. Sin embargo, a ese gesto de autoafirmación selectiva se añade también el presentimiento de que jamás hemos sido capaces, al parecer, de emular o superar las gestas fundacionales de nuestros libertadores. La sensación de que nuestros países siguen siendo atrasados e incompetentes, de que vamos a la zaga de otros supuestamente "mejores", parece superar la satisfacción por nuestros logros.

Desde Ayacucho nos consideramos los meritorios responsables de nuestros aciertos, herederos de una estirpe heroica que comenzó con el acto mismo (no antes) de desgajarnos del tronco común ibérico. En cambio, sí reconocemos nuestros orígenes hispánicos cada vez que sentimos cualquiera de las íntimas insuficiencias que acarrea nuestra identidad, achacándole a dicho componente la culpa de nuestros fracasos reales o imaginarios. Tal como señalara Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, nuestros pueblos han sido enseñados a verse a sí mismos como "hijos de la chingada", descendientes involuntarios de una unión forzada en la que todas las virtudes vienen de un lado (al cual en realidad conocemos poco) y todos los vicios del otro (cuya lengua hablamos).

En la continuidad impermeable de estas creencias opera un mito celosamente preservado. Los mitos, bien se sabe, justifican. Y nada requiere mayor justificación que el ejercicio del poder, especialmente cuando se trata de un poder nuevo que no está afianzado en la costumbre. Tal fue la dificultad que enfrentaron los múltiples proyectos de poder que surgieron en

Hispanoamérica a principios del siglo XIX, concebidos primordialmente por las élites criollas.

El desmontaje del orden monárquico y su sustitución por el republicano constituyó un paso firme hacia la igualdad formal ante la ley y, a la postre, la liberación de los esclavos. Pero también, en sociedades tan variopintas como las hispanoamericanas, otorgó las ventajas más concretas e inmediatas a los criollos más poderosos: control político no sujeto a poderes superiores, liberalización del régimen de tenencia de las tierras comunales de los indígenas, absorción de una parte del poder político y económico de la Iglesia católica, y constitución de economías de puerto (atadas a Gran Bretaña) en donde las élites acapararon los beneficios directos. Las ventajas no fueron siempre tan claras para los estratos medios, conformados por pardos e indígenas que desde un principio se mostraron menos resueltos a participar en la lucha emancipadora.

Ante tales recelos, la revolución requirió el impulso de ciertos clivajes identitarios, en donde la dicotomía peninsular/americano debía imponerse a las tradicionales pugnas estamentales. Así como los revolucionarios franceses reivindicaron la mítica raigambre galorromana del pueblo llano de Francia frente a los remotos orígenes germánicos de la nobleza terrateniente (invasores "godos"), así se procuró identificar en nuestras tierras a peninsulares y monárquicos con una "godarria" invasora y opresora, frente a la supuesta estirpe autóctona del inca americano.

Esta imagen logró arraigar en el tiempo y sentar las bases de sólidos proyectos e identidades nacionales, levantados retóricamente sobre el repudio de todo lo español. El mecanismo se mantiene activo hasta el día de hoy, al punto de que la cabal comprensión de nuestra historia se ve continuamente empañada por la necesidad inculcada de introducir el mito en el relato. Un relato contado en clave épica, eludiendo consideraciones de carácter histórico, económico, etnográfico y geopolítico, y donde sistemáticamente se ha optado por omitir, e incluso destruir, cualquier evidencia que lo ponga en entredicho.

Preguntas obligadas

La fuerza de este relato es tal que previene la formulación de preguntas obligadas. El relato oficial nos dice, por ejemplo, que nuestros próceres lucharon a brazo partido por la unidad americana. Al calor de esa tradición, nuestros políticos contemporáneos se reúnen en periódicas cumbres para asegurarnos que continuaban batallando para hacer realidad ese propósito inconcluso. Pero nadie parece reparar en uno de los puntos ciegos del relato oficial: la fragmentación de Hispanoamérica en una veintena de repúblicas fue también resultado de las gestas consumadas en Ayacucho.

¿Acaso no existía ya una unidad previa en tiempos de la monarquía hispánica, en términos políticos, jurídicos, administrativos, económicos y monetarios, por no hablar del sustrato fundamental de la lengua fran-



ANTONIO JOSÉ DE SUCRE, EL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO / MARTIN TOVAR Y TOVAR

ca y de las creencias religiosas? ¿No nació Hispanoamérica, como tal, en esos siglos previos? El hecho objetivo es que Ayacucho acarreo no solo la separación entre América y España, sino también entre los propios hispanoamericanos, disgregados desde entonces entre múltiples países que se miran como hermanos, pero también como rivales.

La realidad emergente tras la secesión preocupó a Andrés Bello al punto de temer la "babelización" de América; esto es, la pérdida de la unidad lingüística y la debacle mediante guerras fratricidas. De ahí su empeño en perfeccionar una gramática del español americano, un código civil y el derecho de gentes, germen de nuestro actual derecho internacional. El ilustre caraqueño trabajó así para que lo que desunió la revolución lo mantuviera unido la lengua común heredada, vehículo de la razón que produce una ley compartida.

La pulsión disgregadora que afectó a Hispanoamérica (y que, por cierto, pervive en la España actual) nació con el empeño de evadir un pasado común del que, no obstante, era imposible sustraerse por completo. De hecho, los nuevos estados nacionales no se levantaron sobre algún sustrato identitario prehispánico, sino a partir de las propias divisiones político-administrativas de la monarquía hispánica. Fue así incluso cuando tales estructuras estaban recién fundadas: Bolívar nació apenas 6 años después de crearse la Capitanía General de Venezuela, mientras que San Martín abrió los ojos cuando el Virreinato del Río de la Plata cumplía su segundo año.

En otras palabras, el "nosotros" efectivo a partir del cual emergieron los nuevos países tras la ruptura de la América hispana no se correspondió con las antiguas naciones indígenas con las que presuntamente nos sentíamos identificados los hispanoamericanos. No fue la identidad mexicana, tlaxcalteca, olmeca, wayúu, caquetía, chibcha, quechua, aymara, charrúa o mapuche la que gestó las nuevas naciones, sino la continuidad con los diversos virreinos, capitanías generales y reales audiencias del período monárquico.

Del supuesto atraso a la unidad perdida

Durante los tres siglos anteriores, ningún ataque periférico, ninguna disensión interna, pudo conmovir las bases de ese orden monárquico. Más allá de las diferencias naturales dentro de unos territorios que excedían los 15 millones de kilómetros cuadrados, la corona encarnó durante 300 años la unidad de unos pueblos que, en el caso de los reinos americanos, contaban con todo lo que habitualmente define a una nación como tal: el predominio de una unidad política, territorial y cultural, especialmente en el plano lingüístico y religioso. Y sería precisamente la disolución de ese referente aglutinador que ejercía el trono común, a manos de la felonía borbónica y la usurpación napoleónica, lo que llevó a las élites locales de todo el imperio a saltar atropelladamente por la borda del buque común.

Se rompió así en Hispanoamérica la oportunidad de hacer lo que sí sucedió allí donde los imperios evolucionaron hacia grandes estados nacionales que hoy, más allá de sus niveles de desarrollo, juegan un papel preponderante en la política mundial. China, Rusia, India, Japón, Brasil, Turquía, Irán y el caso *sui generis* de los Estados Unidos tienden a encajar en este patrón. Evidentemente, el poder suele incrementarse con una población numerosa, un gran territorio y una fuerte cohesión cultural. Incluso las antiguas potencias europeas, debido a su pequeñez actual, han optado hoy por conformar un bloque común como la Unión Europea.

Hasta Ayacucho, los reinos hispánicos unidos bajo una misma corona constituyeron la mayor entidad política de su tiempo. Así eran percibidos por propios y extraños. Eran el enemigo a batir y el mercado a conquistar para los estados nacionales que emergían en Europa, lo cual procuraron infructuosamente durante siglos. Pero los grandes imperios no son derrotados, sino que se destruyen desde adentro. Solo la progresiva subordinación política y cultural de las élites hispánicas ante actores foráneos consumó el declive, sellado con la cesión de la corona en Bayona (1808).

Dicha subordinación se fue gestando

a lo largo del siglo XVIII, con el abandono progresivo de los pilares que sostuvieron la unidad del mundo hispánico. Durante ese siglo, los Borbones se afanaron en una "modernización a la francesa", desplazando usos, costumbres y prácticas administrativas en España e Hispanoamérica a las que consideraron "atrasadas". Para superar dicho atraso, por ejemplo, se decidió expulsar a la Compañía de Jesús en 1767, afectando así delicados equilibrios en América y Europa. Pero si aquella civilización hispánica era tan atrasada, ¿cómo fue capaz de configurar la primera hegemonía global de la historia, manteniéndola durante al menos doscientos años mientras administraba inmensos territorios con realidades culturalmente tan heterogéneas?

Baste recordar que, a principios del siglo XVI, Maquiavelo vio en Fernando "El Católico" al príncipe más hábil de su tiempo; España impuso su hegemonía militar en toda Europa; Antonio de Nebrija elaboró la primera gramática moderna; y Juan Sebastián Elcano condujo la primera circunnavegación del globo terráqueo. Sin embargo, ningún factor fue tan determinante a la hora de encumbrar esa preeminencia global como la idea de una unidad tejida en torno a la fe católica.

El éxito de todo gran imperio se debe, principalmente, al atractivo de una cosmovisión capaz de integrar a pueblos muy diversos. Así lograron hacerlo el califato abasida con el islam, la Rusia soviética con el marxismo-leninismo, y los Estados Unidos con la democracia liberal. En el caso de la civilización hispánica, esa función fue desempeñada por el cristianismo a la postre católico, religión ferozmente perseguida por los cesáres que luego fue capaz de convertirse en el credo oficial del Imperio romano, impulsar la reconquista de la península ibérica tras su ocupación musulmana, y aglutinar a centenares de pueblos amerindios sin conciencia previa de unidad.

La cosmovisión católica sentó las bases para el mestizaje y la red de alianzas con pueblos indígenas que hicieron posible la expansión de la monarquía hispánica en América. Dicha expansión no hubiera sido posible únicamente con las armas, dada la ausencia de ejércitos permanentes en suelo americano (salvo el de la guerra de Arauco, Chile) y los escasos cientos de miles de españoles que emigraron al Nuevo Continente durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Tan exiguo número de peninsulares jamás podría haber hecho lo mismo que los 60 millones de europeos que llegaron a Norteamérica entre 1820 y 1920, donde el desplazamiento y exterminio deliberado de los pueblos indígenas predominó ampliamente sobre el mestizaje.

Empero, la subordinación cultural de nuestras élites nos mantiene apegados a un relato que desprecia los fundamentos de nuestra unidad pasada, impidiéndonos pensar así en las posibilidades de una asertiva cooperación futura. Evidentemente, quien se cree hecho de mala fibra sueña con rehacerse con otros materiales. Quizás por eso, durante los últimos 200 años, exportar a Gran Bretaña, vivir en París o tener un doctorado de la Ivy League se han convertido en mayores signos de prestigio en Hispanoamérica que saber respetar, comprender y liderar con acierto a nuestros pueblos.

Sin renegar del legado cultural de sus metrópolis europeas, y quizás justamente por esa razón, tanto la América anglosajona como la portuguesa conservaron su cohesión. En cambio, Hispanoamérica optó por la fragmentación, creando estados frágiles que fácilmente fueron vertebrados a Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos. Aún podemos eludir la irrelevancia si aprendemos a pensar como jugadores globales, lo cual amerita reconocer la fuerza de nuestra comunidad cultural hispánica y su articulación en torno a una poderosa lengua común y un *ethos* compartido. ☉

ANIVERSARIO >> 200 AÑOS DE LA BATALLA DE AYACUCHO

La Independencia: nuestro mito fundacional

"Ser libres exigía un nuevo soberano, independizado y emancipado del poder monárquico, no así para los españoles europeos que defendían los derechos de Fernando VII, muchos contrarios al absolutismo, quienes quizás no supieron interpretar las aspiraciones de representación política que exigían los españoles americanos"

GABRIEL MORALES ORDOSGOITTI*

La batalla por el relato se ha vuelto decisiva en la reflexión sobre lo que hemos llegado a ser como nación desde el triunfo sobre la Monarquía Hispánica en Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824. Abrimos de nuevo el tiempo histórico desde una perspectiva civilizacional, para desplegar sus infinitas posibilidades de interpretación en el presente en disenso con los relatos aceptados durante doscientos años. Es imprescindible construir uno nuevo y someterlo al debate público. Por ello está pensado y escrito en el sujeto plural nosotros, con identidad cultural y nacional propia, como autores responsables de lo que hemos realizado, sin evadir la realidad pensándonos como víctimas de lo que otros han hecho contra nosotros.

Nuestro origen

Al inicio del siglo diecinueve nuestras élites criollas continuaron la conspiración contra la Monarquía Hispánica iniciada a finales del dieciocho, pero con mayor madurez política, fortaleza doctrinaria e influencia en la política, la economía, las instituciones y el estamento militar español. Ahora con más convicción, tras las revoluciones norteamericana, francesa y haitiana, movimiento telúrico que socavó la obediencia al rey, transformando el descontento en organización, expresada en la rebeldía del 19 de abril de 1810, cuando se ofreció lealtad, pero condicionada a una adecuada representación soberana. Dedicaron años reuniendo fuerzas y fraguando los consensos para hacer su propia "toma de la Bastilla". Ese día llegó el 5 de julio de 1811 al proclamar la Independencia, decretar la República y construir un ejército que asegurara el dominio de la Capitanía General para avanzar sobre el Virreinato de la Nueva Granada, objetivo logrado en 1821.

Como herederos culturales de esa gesta convertida en nuestro mito fundacional, estamos obligados *históricamente* a explicar y dar cuenta, tanto de los motivos reales de esa decisión trascendental como de sus resultados. ¿Se justificaba la secesión? ¿Podíamos ser realmente libres e independientes? ¿Estábamos preparados para ser una república? ¿Teníamos la fuerza suficiente para construirla y al tiempo hacerle una guerra al imperio que dividíamos? ¿Agotamos todos los recursos para evitarla? ¿Hicimos lo posible para unificar a los españoles americanos y peninsulares en torno a la unidad contra el absolutismo borbón y cambio en la forma de gobierno monárquico?

En 1810 no éramos venezolanos sino españoles americanos, en diversidad étnica según el mestizaje, en la que los criollos descendientes de conquistadores gozaban de un estatus superior por su linaje y poder. Todos súbditos de un reino que durante treientos años dio forma al nuevo mundo abriendo la puerta de la modernidad a toda Europa. Un imperio organizado en provincias, virreinos, capitanías generales y audiencias, diferente a los primeros asentamientos de quienes exploraron nuevas tierras y rutas marítimas, colonizaron y poblaron territorios desconocidos por los europeos¹. En pocas décadas se alcanzó en algunas capitales niveles de vida superiores al disfrutado, tanto en el centro de poder peninsular como en muchos reinos europeos; siguiendo la enseñanza de Roma, su civilización

predecesora, dejó su huella construyendo un imperio en tres continentes².

Sin embargo, a nombre de la libertad y la república, tras muchos años en sedición secreta, sus descendientes iniciamos una guerra de secesión contra nuestros paisanos europeos. Nadie más tenía poder para tomar esa decisión. Ni los indígenas, ni los africanos negros esclavizados, ni los mestizos, salvo excepciones individuales, que conformaban la sociedad subalterna, participaron de esta decisión de ruptura y declaración bélica.

La secesión

La voluntad de ruptura estaba en los ánimos de las élites criollas, lo prueban los movimientos precursores y planes de la Sociedad Patriótica. Mencionaremos dos casos emblemáticos de nuestros prohombres, el Precursor y el Libertador. Francisco de Miranda, caraqueño español de origen canario, quien desde muy joven se convirtió en oficial de prestigio en el ejército imperial. Hombre de indudable liderazgo, a quien los avatares de su vida le convirtieron en revolucionario internacional cuyos planes contra la monarquía española eran una convicción personal por la que conspiró infructuosamente durante muchos años, tanto en el norte de América como en Europa, participando en la política local y en expediciones militares. Por su parte, el joven Simón Bolívar, caraqueño español de origen vasco, ya en 1805 había jurado en el Monte Sacro hacerle la guerra a España. Lo prueba también la misión que, en calidad de diputados de la Junta de Caracas, llega a Gran Bretaña en julio de 1810. Su objetivo no fue buscar apoyo para restituir a Fernando VII, sino solicitar la protección de Inglaterra, su mediación ante el Consejo de Regencia y apoyo militar para la defensa de la provincia, en la eventualidad de hostilidades contra los criollos, ofreciendo en compensación la apertura del comercio con ese imperio, en una visita diplomática en la que ayudó Miranda, residenciado en Londres.

Lo demuestra el Acta de Independencia de 1811 que dio una versión inédita de la presencia española en América. En un inusitado discurso se construyó un relato de nación oprimida y una pertenencia identitaria inexistente, considerándonos un país dominado por la fuerza por más de tres siglos; además, asumiendo erróneamente que la nación española había quedado disuelta tras las abdicaciones de Bayona, que justificaba un inexorable destino como nueva nación independiente, apreciación política que la realidad desmintió³.

Ser libres exigía un nuevo soberano, independizado y emancipado del poder monárquico, no así para los españoles europeos que defendían los derechos de Fernando VII, muchos contrarios al absolutismo, quienes quizás no supieron interpretar las aspiraciones de representación política que exigían los españoles americanos. Así lo reclamaron con firmeza los redactores del Acta de Independencia, pero detrás de reclamos justos, se trataba de una conjura largamente organizada, con intentos frustrados, que esperaba una oportunidad política como lo fue por azar la invasión napoleónica.

Separándonos, dejamos solos en la guerra contra el imperio francés a nuestros hermanos liberales y republicanos opositores del absolutismo que abogaban por una monarquía moderada, reanudando su larga lucha

tras la vuelta de Fernando VII. Una ruptura con todo lo conocido hasta el momento, asumiendo como enemigo al imperio creado por la Monarquía Hispánica durante muchas generaciones y distintas casas reales, que nos había mantenido unidos y en paz en todas las provincias americanas.

En los relatos independentistas, la ideas *libertad, soberanía y república* son inseparables para transferir el poder a los representantes del pueblo. En nuestro caso, transformado en soberanía territorial con la creación de un nuevo *demos* que forma su propio Estado. En consecuencia, para hacer efectiva la transferencia de poder al nuevo soberano, distinto a como se lo plantearon las juntas patrióticas españolas peninsulares, se convierte a España en "gobierno extranjero" invasor, al que se exige la *independencia* que nos dará una nueva *patria*, una *nación* en forma de *república* federal. Estos cimientos eidéticos inamovibles en las bases del encofrado de la nueva república sirvieron para justificar y legitimar una guerra civil secesionista, fratricida, entendida como guerra de liberación nacional, cuyo primer objetivo estratégico fue imponerla con violencia a las provincias disidentes, para luego destruir los virreinos⁴.

Así como nuestros ancestros conquistadores medievales, descendientes de los cristianos veteranos de las guerras contra los musulmanes, se lanzaron a la aventura transoceánica hacia lo desconocido, nuestros ancestros independentistas se jugaron el corazón al azar en la ruleta francesa y se los ganó la violencia. Se aventuraron a una guerra contra sus hermanos de sangre leales a la corona, españoles europeos y americanos, considerándolos como viles extranjeros opresores y traidores, para intentar suerte dirigiendo sus propios destinos, asumiendo la particularidad criolla como nuevo gentilicio. Una aventura bélica contra la Madre Patria con un discurso de odio que justificó la violencia en su contra, siendo étnica y culturalmente hispánicos o hijos directos de nativos españoles. Élites privilegiadas de la América española que, como sus pares anglosajones del norte, muchos eran esclavistas con deseos de ser libres para ejercer el dominio político exclusivo en sus territorios.

En el lado criollo no privó nuestra condición de españoles desde nuestra pertenencia civilizacional real, no se consideraron las implicaciones internacionales de la lucha entre imperios, ni el costo económico, social y cultural de una larga, cruenta y costosa guerra, tampoco las posibilidades de éxito para instaurar repúblicas independientes. Jamás estuvimos preparados con fuerza propia, ni tuvimos estrategias de alianzas americanas para una conducción política y militar coordinada continentalmente. Salvo en las proclamas, no existía ningún proyecto integrador americano común consensuado entre las élites criollas del continente que nos uniera en un destino compartido o para intentarlo con cierta posibilidad de éxito.

La pasión por la libertad y gobierno propio, a cualquier costo, nos impidió comprender que la fuerza y unidad de las distintas sociedades del mundo hispánico se sustentaba en la Monarquía Hispánica, ubicada en un territorio de menor extensión, como argumentamos con arrogancia, pero un poderosísimo factor de poder en el



REUNIÓN ENTRE SAN MARTÍN Y BOLÍVAR – PABLO DUCROS / EMBAJADA DE VENEZUELA EN ARGENTINA

corazón de Europa extendido en tres continentes⁵.

Nuestra victoria

Cuando a la palabra mágica libertad le había llegado su hora y los europeos conquistaban libertades concretas, en la vida individual y política, nosotros ganábamos las guerras independentistas a nombre de la libertad. No obstante, las reflexiones bolivarianas del momento no expresaban la alegría de la victoria, sino la dolorosa frustración de uno de sus más conspicuos demiurgos, en una prosa que parece más el lamento por una derrota⁶. Las antiguas provincias españolas, ahora repúblicas libres y soberanas, sin imperio ni rey, estaban en la miseria, endeudadas, divididas y, en el caso venezolano, devastada y despoblada. Miles de blancos españoles y criollos habían emigrado, destacados líderes de las élites más preparadas para dirigir las repúblicas habían muerto, los indígenas habían huido a las selvas y llanuras para esconderse, los negros seguían siendo esclavos y los libertos, junto a pobladores pobres cuyas familias pusieron su cuota de sangre, se buscaban la vida, huyendo de saqueadores de pueblos y caminos. Consolidada la Independencia, fundamos la nueva República en 1830 dentro de las reducidas fronteras heredadas de la antigua Capitanía General, de la que ni conocíamos su extensión real, con una pérdida humana sobre la que aún se discute vergonzosamente si fue una cuarta parte o la mitad de la población. Una verdadera tragedia societal, como el mismo Bolívar había informado.

Ganamos la guerra en el Virreinato de Nueva Granada y el Virreinato del Perú, al cual fracturamos tras la victoria en Ayacucho, desprendiéndole el inmenso territorio del Alto Perú, para crear Bolivia, una nueva nación, por lo que jamás nos han perdonado los peruanos. Luego la despojamos de otras tierras para anexarlas a Colombia, hechos que llevaron a ambos pueblos a nuevos enfrentamientos armados fronterizos, pero esta vez, entre peruanos y colombianos. Lo que como españoles americanos habíamos construido en un gran territorio que estuvo unido y en paz bajo la monarquía, lo convertimos en pequeñas y débiles naciones, enfrentadas entre sí por disputas territoriales y convulsiónadas internamente por montoneras caudillistas, interminables guerras civiles durante todo el siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, en algunos casos. Por supuesto, con un noble propósito convertido en un hermoso sueño de unión de todas las provincias españolas americanas en una gran nación republicana, que jamás llegó a ser porque era solo una ilusión, que ni siquiera intentamos seriamente unir previamente en torno a un proyecto independentista común.

Un sueño de grandeza expresado por Francisco de Miranda en la idea de crear Colombia, la grande, con su ingeniosa propuesta de monarquía constitucional continental, pero con un pronóstico negativo de esa posibilidad, paradójicamente previsto por

quien luego de fracasar la llamada Primera República, apartó a Miranda y terminó siendo el indiscutible líder político y militar de la guerra independentista, convirtiéndose en nuestro Libertador y máximo héroe cultural.

La interpretación de las independencias hispanoamericanas será un debate para siempre, porque son nuestro "mito fundacional", una *idea socialmente viva*, que cuestionarla desata odios. En nuestras "historias patrias" los relatos de esta guerra se han mantenido prácticamente inamovibles, hasta los críticos cuidaban el lenguaje para evitar el rechazo de los "salvaguardas" de la historia oficial, pero con el paso demoledor de la llamada Revolución bolivariana, muchos autores han dicho que ya no es posible callar.

A doscientos años de Ayacucho, se justifica ética y políticamente interperlar esa etapa crucial de nuestra historia y revisarla, asumir nuestros fracasos y diseñar un futuro distinto sobre nuestra realidad civilizacional y lugar en el mundo. Este es el sentido de un nuevo relato, polémico sin duda alguna, porque hemos ayudado a construir una leyenda nefasta contra España y la hispanidad⁷, es decir, contra nosotros mismos. Debemos dejar de ocultar con recursos ideológicos el resultado societal final de una decisión política y militar que hace dos siglos contribuyó a fracturar a la civilización a la que pertenecemos y que debemos rescatar. ☉

* Miembro de Panhispania

- Véase la reciente obra del escritor español que ha logrado hacer el vínculo histórico de la civilización hispánica: Alberto Gil Ibáñez: *El Sacro Imperio Romano Hispánico*. Editorial Sekotia. España. 2003.
- "Es contrario al orden, imposible al gobierno de España, y funesto a la América, el que, teniendo esta un territorio infinitamente más extenso, y una población incomparablemente más numerosa, dependa y esté sujeta a un ángulo peninsular del continente europeo". Acta de la Independencia, párrafo 2.
- Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.1991. Este autor es quien caracteriza por primera vez la guerra de Independencia como guerra civil. Para una definición contemporánea de este concepto véase a Enrique González O.: "Nuestro ser histórico, social y multicultural en perspectiva venezolana y latinoamericana". En: *Revista de Teología. ITER-UCAB*. N.º 32. Sep.-dic. 2003. Caracas. Pp. 107-150.
- Preferimos usar el término Monarquía Hispana o Monarquía para definir al Estado de todos los pueblos hispánicos, aunque también a veces usamos el término común Imperio español en el mismo sentido.
- Una de las más significativas fue su opinión expresada en la Carta de Simón Bolívar al General Juan José Flores de fecha el 9 de noviembre de 1830.
- Manuel García Morente *Idea de la hispanidad. Conferencias pronunciadas en junio de 1938 en la Asociación de Amigos del Arte en Buenos Aires*. Espasa - Calpe S.A. 1938. Edición digital en: *Filosofía en español*. www.filosofia.org

ANIVERSARIO >> 200 AÑOS DE LA BATALLA DE AYACUCHO

La batalla del Rincón de los Muertos, 200 años después (1824-2024). Un diálogo con la gargaridad

“Debemos también preguntarnos ¿quién o quiénes ganaron en Ayacucho? ¿Cuáles fueron los sectores sociales beneficiados y perjudicados por los resultados? ¿Cuáles fueron las consecuencias para la economía, para la organización política, para la estructuración físico-geográfica de las repúblicas resultantes, para la estructura étnica y para la gobernanza en general? ¿Qué significó esta batalla para la guerra por la hegemonía en Europa, entre España, Inglaterra y Francia?”

ENRIQUE ALÍ GONZÁLEZ
ORDOSGOITTIⁱ

El 9 de diciembre de este año se cumplen doscientos años (1824-2024), de la batalla decisiva que culminó la guerra de secesión de América del Sur del Imperio español. El paso que permitió la desaparición de la unidad del Imperio y el surgimiento de varias repúblicas independientes, cuya principal conformación territorial se había fraguado en los tres siglos anteriores, del XVI al XVIII.

Para evitar interpretaciones alejadas de la realidad de entonces, debemos ubicar la batalla de Ayacucho en la justa perspectiva, de ser parte importante de la guerra civil llevada a cabo en la América española, la cual se desarrolla en cinco ámbitos geográficos diferentes y con peculiaridades que no deben olvidarse, si queremos dar cuenta justa de lo sucedido. Esos ámbitos se convierten en lugares históricos e historiables:

- Nueva España (México)
- América Central
- América del Sur
- República Dominicana
- Cuba y Puerto Rico

Esos cinco lugares concluirán su secesión de España en 1898, por lo cual habrá un período, de 1824 a 1898, de setenta y cuatro años, casi tres cuartos del siglo XIX, en el cual la “guerra civil-guerra de secesión”, continuará siendo el centro de la lucha de una parte de Iberoamérica.

Con esto no queremos rebajar la importancia de Ayacucho sino colocarla en su justo nivel, en el lugar que le corresponde, pues queremos saber lo que el siglo XIX significó para el Imperio español, del cual todos formamos parte hasta principios de ese siglo.

¿Quién ganó realmente en Ayacucho?

Una batalla tan importante no puede reducirse simplemente a los partes de guerra y análisis de las estrategias militares utilizadas, material muy importante para los especialistas en historia militar. Debemos también preguntarnos ¿quién o quiénes ganaron en Ayacucho? ¿Cuáles fueron los sectores sociales beneficiados y perjudicados por los resultados? ¿Cuáles fueron las consecuencias para la economía, para la organización política, para la estructuración físico-geográfica de las repúblicas resultantes, para la estructura étnica y para la gobernanza en general? ¿Qué significó esta batalla para la guerra por la hegemonía en Europa, entre España, Inglaterra y Francia? Doscientos años nos dan una perspectiva decantada e interesante.

El gargarismo como juicio histórico: la libertad

El gargarismo es una acción física mediante la cual se producen ruidos en la garganta, simples onomatopeyas, la cual se ha usado mucho en la historiografía para establecer juicios históricos. Por ejemplo, si se pregunta por los resultados de Ayacucho, de manera automática algunos dirán: se

logró la libertad de América del Sur.

Pero debemos preguntarnos: ¿la libertad de quién o de quiénes? Si analizamos en detalle lo obtenido, debemos comenzar por señalar que el anterior bloque social dominante de la época provincial, conformado por españoles peninsulares, españoles criollos y la nobleza india (especialmente en los países andinos), va a ser reconfigurado y se conformará con españoles criollos y las nuevas élites militares.

Mientras al bloque social dominado, conformado por indígenas, negros, esclavos y blancos pobres (los canarios), se le añadirá el de blancos peninsulares empobrecidos. Los dominados, vivirán con el estigma de haber apoyado en varios momentos al partido monárquico realista, acción que en algunos casos pagarán muy caro, verbigracia los indígenas pastusos en la actual Colombia.

Por lo tanto, la libertad lograda es la que le permitió a los blancos criollos y a la élite militar, monopolizar todos los dispositivos de poder de la sociedad republicana.

La libertad lograda, permitió que los indígenas perdieran paulatinamente las ventajas que les daban las Leyes de Indias y se convirtieran en “ciudadanos republicanos”, sin acceso legal a sus tierras comunitarias las cuales serán excluidas en la nueva realidad jurídica, permitiendo que las mismas fuesen presa de los nuevos terratenientes forjados en la República, a veces a través del eufemismo de declararlas parte de los fueros municipales.

La libertad lograda, permitió que los esclavos siguiesen siendo esclavos durante las décadas subsiguientes, tan igual como lo siguieron siendo en Cuba y Puerto Rico, pertenecientes aún para ese momento al Imperio español, por lo cual es posible afirmar que los esclavos siguieron siendo esclavos, tanto en las nuevas repúblicas como en el anterior Imperio.

Se obliga a los indígenas a usar el idioma español

Otro importante legado de libertad proporcionado por Ayacucho, es haber recibido una América en donde solo el 30% hablaba español, mientras la aplastante mayoría de los indígenas dialogaban únicamente en sus lenguas originales. Hoy en día solo el 5% de los habitantes habla su lengua nativa, además del español.

Las nuevas naciones impulsaron el monolingüismo en el siglo XIX como manera de afianzar la unidad nacional, creando así una nueva identidad nacional, que no incorporaba la diversidad indígena proveniente de cuando eran súbditos de la Corona española. Paradójicamente, utilizaron el idioma español para unificar la nación, mientras a la vez multiplicaban el alcance de la leyenda negra en contra del Imperio español.

La lucha en contra de la monarquía absoluta

Entre los ejercicios gargáricos realizados por los funcionarios historiográficos, está el de señalar como uno de los nobles motivos que impulsaron a con-



BATALLA DE AYACUCHO – ANÓNIMO / MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA, ANTHROPOLOGÍA E HISTORIA, PERÚ

seguir lo logrado en Ayacucho, la lucha en contra del poder omnimodo del rey, pues según aquella famosa declaración: todos los hombres son iguales.

Jacobinos de raza, decepcionados del Napoleón emperador, propondrán que una de las nuevas repúblicas lleve el nombre de su gran jefe militar: Bolivia. Y para dejar en claro su distancia del absolutismo, en la Constitución de Bolivia de 1826, se estampará la concepción de la importancia de la presidencia vitalicia y se utilizará la figura literaria de que el presidente debe ser como un sol, alrededor del cual giren los demás planetas.

Se alcanza la soberanía económica

En ciertos discursos historiográficos gargáricos se afirma que, la opresión económica que mantenía el centro peninsular sobre las provincias periféricas, hacía imposible el desarrollo económico de estas. Para poder solucionar estas carencias, los jacobinos republicanos acudieron presurosos, a endeudarse con empréstitos ingleses dirigidos a sufragar los ingentes gastos de guerra en pertrechos, armas e incluso en la contratación de mercenarios. En algunas de las nuevas repúblicas como en Venezuela, se levantaron monumentos de agradecimiento a estos ejércitos mercenarios como la Legión Británica, dándoles además el honor de ser el único ejército extranjero permitido, para desfilar con sus armas en las fiestas aniversarias de las gestas secesionistas.

Tales deudas fueron cobradas por Inglaterra de manera implacable y con muy altos intereses, luego de culminada la acción secesionista: se les otorgó el poder de manejar las principales aduanas de las nuevas repúblicas, para cobrarse de manera directa la deuda acumulada. La cual, en casos como Argentina, se expresaba en siete pesos de cada ocho que deberían ir al fisco por impuestos aduanales. En el caso de Venezuela, la deuda pública contraída durante la guerra de secesión y en las posteriores guerras civiles, recién vino a ser cancelada totalmente en el primer tercio del siglo XX.

Por fin se logra la gobernanza: se inauguran las guerras interamericanas

Con el fin de alejarse de la paz, impuesta en el interior de las provincias del Imperio español, las nuevas repúblicas estrenarán y desarrollarán al máximo las guerras intraamericanas, bien sean guerras civiles en el marco de un solo país o guerras internacionales entre varias de ellas, como lo es el caso típico de la guerra de la Triple Alianza, de Argentina, Brasil y Uruguay en contra de Paraguay.

A lo largo de todo el siglo XIX se llevarán a cabo un poco más de cien guerras en América del Sur, en el territorio comprendido por el Virreinato del Perú, el Virreinato de la Nueva Granada y con Brasil como

tercer invitado de lujo.

Aprendimos en el siglo XIX la importancia de matarnos entre nosotros mismos, otro elemento heredado de Ayacucho. Incluso en el ámbito nacional de Venezuela, se desarrolló un importante culto a la muerte que persiste aún hoy en día y se expresa claramente en los documentos oficiales, cuando al pie de los mismos se colocan los siguientes recordatorios:

-“A tantos años de habernos matado entre nosotros con entusiasmo: 1821 Batalla de Carabobo”

-“A tantos años de habernos matado entre nosotros con entusiasmo: 1859-1863 Guerra Federal”

Estos recordatorios retratan claramente, cual es la filosofía de la historia vigente en Venezuela.

Se les enseña a los indígenas el significado real de la palabra genocidio

Uno de los ejercicios gargáricos más recurrentes, es el del supuesto genocidio en contra de los indígenas, cometido por el Imperio español durante el siglo XVI. Amén de que hay suficientes estudios que lo desmienten, valgan tres elementos históricos que lo niegan por completo. Uno, el de haber aceptado que los indígenas tenían alma y que por lo tanto deberían ser sujetos de evangelización y para lo cual es evidente, que deben ser conservados con vida. El segundo, es el desarrollo de las encomiendas de indios, que estaban en manos tanto de españoles como de la nobleza indígena inca, por ejemplo. Y el tercero, es la creación en el mismo siglo XVI, de una organización territorial que incluía tanto pueblos de españoles como pueblos de indios.

Aunque lo anterior pueda ser discutido para negar su importancia histórica, lo que no puede ser negado es la criminal y repudiada Campaña de las Pampas, dirigida por Facundo Quiroga en Argentina, quien pagaba por cada indio muerto. Tampoco las campañas en México en contra de los yaquis, por ejemplo. Similares, ambos casos, a lo realizado por los cristianos protestantes anglosajones, que dirigieron la Campaña de Conquista del Oeste bajo el lema: “Para una tierra sin gente. Una gente sin tierra” Lo cual dio inicio al verdadero genocidio de los indígenas del Oeste, quienes anteriormente habían convivido con el Imperio español.

La organización política y la gobernanza en general

En el ámbito espiritual de la gargareidad, entendida como la sustancia, encargada de convertir las palabras que deben definir las cosas para adecuarse a la realidad, en simples onomatopeyas; se nos enumera y describe hasta el más mínimo utensilio de guerra utilizado por los diversos combatientes en nuestras guerras de secesión, gracias a lo cual tenemos detalles minuciosos de todo tipo de navajas, cu-

chillos, machetes, lanzas y hasta las piedras pulidas que se utilizaron como munición en las hondas. Pero se oculta o disminuye la importancia de la pregunta central: ¿cuánto le costó a las sociedades de las nuevas repúblicas la desaparición de los gobiernos provinciales, en términos de fallecidos, heridos; destrucción familiar, de instituciones sociales y económicas; destrucción de infraestructuras; impacto en la estructura demográfica?

Es decir: ¿qué pasó con la gobernanza en las nuevas repúblicas? En un trabajo que realicé en 2002 en lo concerniente a Venezuelaⁱⁱ, concluí que: La calidad de gobernanza existente a partir de la creación de la Capitanía General de Venezuela (1777), el Real Consulado de Caracas (1786) y la elevación de la Diócesis de Venezuela a Arzobispado (1804), no volvió a ser alcanzada sino hasta el segundo tercio del siglo XX.

¿Qué significó esta batalla para la guerra por la hegemonía en Europa, entre España, Inglaterra y Francia?

Las guerras de secesión de España ocurridas en América, fueron el impulso definitivo para la asunción de Inglaterra como la potencia mundial dominante y la paulatina conversión de los Estados Unidos de América en la potencia sucesora.

La América española a partir de su secesión, dará pie para la formulación de la Doctrina Monroe: “América para los americanos”, que deberá ser entendida como el paso de provincias dentro del Imperio español, al de –ahora sí– neocolonias anglosajonas (primero Inglaterra y luego los Estados Unidos).

La manera más gráfica de percibir lo acontecido, es la de comparar la dimensión del territorio de: el Imperio azteca, el Virreinato de la Nueva España y la actual República de México.

Para finalizar: la importancia del lugar

Todo lugar que tiene nombre, expresa la apropiación histórica del mismo por parte de la gente que lo hizo suyo. Y pareciera ser que estos lugares, a veces –como en este caso– encierran pistas para entender una filosofía de la historia desde la profundidad telúrica.

Efectivamente, Ayacucho en idioma quechua significa “Rincón de los muertos”, lo que permite preguntarnos: ¿Qué fue lo realmente enterrado en el Rincón de los Muertos el 9 de diciembre de 1824? ☹

i Miembro de Panhispania. Profesor titular de la UCV y del ITER/UCAB.

ii Enrique Ali González Ordosgoitti. “¿Existe lo público en Venezuela?”. *Revista de Teología ITER* (Instituto de Teología para Religiosos) / UCAB (Venezuela) 13 (27): 54-67, enero-abril, 2002. <http://ciscuve.org/?p=4836>

ANIVERSARIO >> 200 AÑOS DE LA BATALLA DE AYACUCHO

Bolívar, héroe español

“En este imaginario, Bolívar y el resto de los líderes independentistas se integran bien, pues lo fueron contra una monarquía decadente que dirigía un aparato político y administrativo caduco, coronada por un tirano”

JOSÉ MARÍA ORTEGA SÁNCHEZ Y CARLOS HIGINIO ORTEGA SÁNCHEZ

Defiende Tomás Pérez Vejo que una nación es básicamente la fe compartida en un relato, en el que importan los hechos pero, sobre todo, cómo son incluidos en la narración. Los Estados que surgieron de las guerras civiles y fratricidas que desgarraron la Monarquía Católica tuvieron que crear los suyos y, lógicamente, Simón Bolívar ocupó papel protagonista en los pedazos que lo apellidaron “Libertador”. De los rescoldos de ese Estado, al que las Cortes gaditanas declararon nación española de ambos hemisferios, también surgió el Estado nación España y aunque pudiera esperarse que el firmante del Decreto de Guerra a Muerte no tendría buen lugar en el ibérico, hoy es el personaje histórico, tras el Cid, con más estatuas ecuestres en España.

I. España imaginada

En *España imaginada. Historia de la invención de una nación* (2015), Pérez Vejo examina el relato de nación que forjó el Estado decimonónico a través de los cuadros históricos que adornaron edificios públicos, un relato que sigue la monumental *Historia general de España (1850-1866)* de Modesto Lafuente, bajo cuyo influjo se escribieron los manuales de historia hasta mediados del siglo XX. La nación española, forjada en el Medioevo, nace y alcanza la gloria con los Reyes Católicos, decae y resucita al levantarse contra Napoleón. Un imaginario en el que los comuneros castellanos son heroicos; Carlos II, “el Hechizado”; el siglo XVIII, una época extraña al ser de la nación; Carlos IV, un peleele y Fernando VII, un tirano; un relato forjado por liberales –como Lafuente– que ayudó al éxito de la construcción del Estado nación España.

La derrota ante Estados Unidos en 1898 no lo modificó, pero las élites españolas, al convertir la derrota en Desastre, repensaron la historia de España acentuando la idea de decadencia secular que José Ortega y Gasset convirtió en defecto de fábrica –“defectos de constitución, de insuficiencias originarias, nativas”– en *España invertida* (1921), una colección de tonterías históricas al nivel de *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz o *Los viajeros de Indias* (1961) de Francisco Herrera Luque. Un imaginario rendido a la hispanofobia que en España facilitó la quiebra de la monarquía constitucional truncando la evolución democrática del régimen nacido de la Constitución de 1876, y sirvió de justificación para el ciclo autoritario que se prolongó hasta la Constitución de 1978, pasando por la crisis de 1917 y los golpes de Estado de 1923, 1931 y 1936. En este sentido, cabe recordar la reseña que en noviembre de 1939 dedicó Melchor Fernández Almagro en *ABC* al libro de Ignacio Ollagüe *La decadencia española*: “El autor, llevado de su nobilísimo arrebató patriótico, llega incluso a negar el hecho mismo de la decadencia, sin advertir que, al faltar este triste hecho inicial, de largo desarrollo, nada de lo ulterior se justificaría, ni aun tendría sentido nuestra guerra, que habiendo sido motivada por la caída de España en riesgo de muerte, ha exigido un esfuerzo de correlativa intensidad”.

En este imaginario, Bolívar y el resto de los líderes independentistas se integran bien, pues lo fueron contra una monarquía decadente que dirigía un aparato político y administrativo caduco, coronada por un tirano. El proceso de construcción de los Estados nacionales herederos de la Monarquía Católica sería, pues, el culmen de lo verdaderamente español; Luciano Pereña Vicente, forjador del Corpus Hispanorum de Pace, monumental colección de ediciones de tratadistas de la Escuela de Salamanca, lo resumió así en 1980 en el artículo “Francisco Suárez y la independencia de América”: “Contra la opresión y la dictadura del despotismo borbónico (...) la independencia de las naciones americanas constituye una de las mayores glorias de España. Fue la culminación del proceso cuyas bases doctrina-



SIMÓN BOLÍVAR – JOSÉ GIL DE CASTRO / MUSEO DE ARTE DE LIMA

nales y políticas hay que buscarlas en la Escuela Española de la Paz y en el Derecho Indiano”. Integración que vadea las turbulencias políticas, como ejemplifica la calle Bolívar de Bilbao. En septiembre de 1936, en castigo por su apoyo a los alzados, el Ayuntamiento quitó el nombre de Miguel de Unamuno a la calle y se lo dio al caraqueño, la calle conservó el nombre tras la toma de la ciudad por las tropas nacionales y hasta hoy, logrando Bolívar el extraño mérito de complacer al nomenclátor de frentepopulistas, franquistas y nacionalistas vascos. Madrid le dedicó una calle en 1926, y en 1927 se levantó su primer monumento en España, en Cenarruza, solar de su linaje; homenajes pioneros del bolivarianismo go do que ha llenado España de tributos al Libertador. Tal profusión se explica, además de por su encaje en el relato que sustentó el proceso de construcción del Estado nación español, por la generosidad del venezolano –costeó, en todo o parte, las tres estatuas ecuestres españolas, en Madrid, Cádiz y Sevilla–, por la colonia española en Venezuela y, sobre todo, por la popularización de la idea de hermandad hispanoamericana.

La guerra de 1898 impulsó el hispanoamericanismo, cuyo culmen fue el decreto de 1917 por el que el presidente argentino Hipólito Yrigoyen declaró –“Visto el memorial presentado por la Asociación Patriótica Española”– fiesta nacional el día 12 de octubre, “en homenaje a España, progenitora de naciones, a las cuales ha dado con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua una herencia inmortal que debemos afirmar y mantener con jubilosos reconocimientos”, iniciativa que será secundada por otros Estados, entre ellos España en 1918, donde se celebraba la fecha pero sin carácter de fiesta nacional. Tras décadas de complejas relaciones entre España y las repúblicas hispanoamericanas, España se asumía parte de una comunidad de naciones cobijadas a partir de los años veinte con el término “Hispanidad”. Bolívar y el resto de los líderes independentistas eran los ejecutores de la natural emancipación de sus patrias, misma ley natural que siguen los hijos cuando salen de la casa de sus padres; por tanto, no eran destructores sino creadores de nuevas patrias hispanas y, por ello, debían ser celebrados.

Por tal razón, los homenajes al “héroe de la raza” –como lo designa su estatua en Cádiz (1974)– son presentados como actos de hermandad, cuya mejor plasmación es la de Sevilla, inaugurada por los reyes y Rafael Caldera en 1981, en la que Bolívar aparece con los brazos abiertos

y el pedestal recoge parte de la carta que dirigió a Fernando VII en 1826: “Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, pero no abrumada de cadenas” y algunas de las que le dedicó Unamuno: “Su alma creó patrias y enriqueció el alma española, el alma eterna de la España inmortal y de la humanidad con ella”.

II. América imaginada

Ante tal héroe español, los realistas europeos y americanos que lo combatieron quedan desubicados. Pablo Morillo, que antes de desembarcar en América había destacado en la guerra de la Independencia y al regresar será héroe liberal en la primera carlistada, tiene una estatua en Zamora levantada en 2010 cuya peana nada dice de su carrera, y un par de calles. Si los españoles europeos que lucharon por Fernando VII en América apenas son recordados, los americanos que nutrieron los ejércitos realistas aún menos. Y no mucho mejor les va a los que sirvieron a la Monarquía Católica una vez pasados descubrimientos y conquistas en los tiempos de la “decadencia”. Buen ejemplo es Blas de Lezo, héroe de la defensa de Cartagena de Indias en 1741, donde se levanta una estatua regalada por España en 1957. Era prácticamente desconocido por el gran público hasta comienzos del presente siglo y solo tenía un busto, de finales del siglo XIX, en la fachada del palacio de la Diputación Foral de Guipúzcoa. El entusiasmo de unos pocos logró popularizar al marino en España; en 2010 Madrid le dedicó una avenida y en 2014, por suscripción popular, se le levantó una estatua. Precisamente, una de las medallas acuñadas por comerciantes británicos para celebrar lo que creían había sido una victoria le fue enviada por el presidente colombiano Misael Pastrana a Francisco Franco con ocasión del recibimiento de las delegaciones participantes en la “Semana Bolivariana”, que culminó con la inauguración de la estatua de Bolívar en Madrid.

El origen del monumento puede fecharse en el artículo que Dionisio Pérez publicó en *ABC* el 7 de octubre de 1922, defendiendo la iniciativa de la Cámara de Comercio española en Caracas para levantar una estatua del Libertador en Madrid. Argumentaba Pérez que era un medio para reclamar su españolidad, máxime cuando Nueva York acababa de estrenar la suya. El artículo de Pérez fue apoyado, entre otros, por Emiliano Ramírez Ángel, quien en noviembre y desde *La Esfera* –la mejor revista gráfica de información

de su época– calificó a Bolívar, entre otras lindes, de “creador de nacionalidades y semidiós” y “flor y orgullo de la raza hispánica”. En 1925, el dictador Primo de Rivera puso la primera piedra de un faraónico monumento a Bolívar en Madrid, junto al alcalde, conde de Vallellano, quien proclamó: “las tres figuras cumbres de nuestra raza en tierras americanas son Isabel la Católica, Cristóbal Colón y Simón Bolívar”. El proyecto se abandonó y la idea de hacer la estatua se retomó a mediados de siglo, inaugurándose una ecuestre en el Parque del Oeste, el 28 de octubre de 1970, día de San Simón, ante una nutrida representación de países bolivarianos, soldados incluidos.

La estatua, obra de Emilio Laiz Campos –autor de la de Blas de Lezo en Cartagena de Indias–, tomó algo del espíritu viajero bolivariano y, tras su colocación, un par de años antes de la inauguración, terminó posándose en el lugar que ocupó el “Monumento a los héroes de las guerras coloniales”, inaugurado en 1907 y destruido durante la Guerra Civil. Los dos monumentos resumen el imaginario de España con América; la primera, dedicada a los militares muertos en la guerra de 1898, estaba coronada por las estatuas de Magallanes, Elcano y los militares Villaamil y Vara de Rey, muertos en Cuba en combate, convirtiendo la Monarquía Católica en un imperio colonial, aunque en ese año España no perdió sus últimas colonias americanas, sino las únicas que había tenido; la segunda representaba el hispanoamericanismo, en el que España se asumía como parte de una comunidad de naciones, derivadas no de un imperio colonial sino de una monarquía común. En todo caso, en ambas, América quedaba reducida a conquista e independencia, quedando los siglos intermedios –los de la “decadencia”– en la oscuridad.

III. Panhispania

En una entrevista concedida al diario colombiano *La República* cuatro días antes de la inauguración, el embajador venezolano en España Carlos Capriles Ayala afirmaba que la estatua de Bolívar en Madrid simbolizaba un concepto “más moderno de la hispanidad”, basado en el estrechamiento de los “nexos culturales, económicos y políticos”, un deseo complejo, porque “De momento, España concede prioridad a Europa, al mundo árabe y a los Estados Unidos”, pues “como bien me dijo una vez el ministro López Bravo, nosotros estamos en primer lugar en el corazón de España, pero la cabeza también cuenta”.

Y lo mismo valdría para el resto de los países, y es que, cuando Bolívar se adueñó del mejor lugar del Parque del Oeste, la idea de unión entre los Estados hispanos, más allá de rimbombantes declaraciones, arrojaba escasos resultados prácticos y estaba en franco declive. Hasta hoy. A diferencia del pasado siglo, el impulso no viene de los Estados sino del paisaje, animado por pequeños grupos de entusiastas, de los que el periplo de la película *Hispanoamérica, canto de vida y esperanza* (2024) de José Luis López Linares es buen ejemplo. Es lógico que esta reactivación del hispanoamericanismo forme parte de agendas políticas diversas, incluso opuestas, pero probablemente solo unirá corazón y cabeza si hace realidad, parafraseando a Mario Vargas Llosa, que hispanidad rima con libertad. Imaginarnos parte de una patria común –llamémosla Panhispania– tiene el extraordinario valor de ser antídoto contra la hispanofobia que nos ahoga. En España, la hispanofobia fundamenta el proceso de destrucción del Estado nación que, iniciado tras el Desastre del 98, tocó meta cuando el PSOE aprobó “reconocer” el carácter plurinacional de España, y hoy amenaza con convertir España en una confederación de irrelevantes proyectos de Estados nación; en Hispanoamérica, alimenta relatos de nación que rechazan el valor fundacional de la Monarquía Católica, que es su vínculo con Occidente, facilitando el desarrollo de propuestas autoritarias y colectivistas.

Para ello, necesitamos reimaginarlos y forjar un relato compartido en el que pierdan peso los bronce de conquistadores e independentistas y lo ganen los protagonistas de los siglos de “decadencia”, en los que se forjó nuestro mundo hispano, y recordando siempre los versos de *El gaucho Martín Fierro*:

*Los hermanos sean unidos
Porque esa es la ley primera
Tengan unión verdadera
En cualquier tiempo que sea,
Porque, si entre ellos pelean,
Los devoran los de afuera.*

* José María Ortega Sánchez es integrante del grupo Panhispania.

ANIVERSARIO >> 200 AÑOS DE LA BATALLA DE AYACUCHO

La justicia en Hispanoamérica, a 200 años de Ayacucho

"Por ese tratamiento irresponsable de las élites gobernantes hacia el derecho, los hispanohablantes en general no confían en sus instituciones, y estas suelen ser ineficientes, cuando no inaccesibles, para brindarles justicia cuando tienen controversias jurídicas, en especial con las autoridades"

LUIS ALFONSO HERRERA ORELLANA¹

Ayacucho y el fin de la etapa monárquica de Hispanoamérica

Afirmó Arturo Uslar Pietri en programa dedicado al tema², que son dos hechos los que definen el inicio y el fin de la época monárquica, virreinal o indiana –en ningún caso colonial– de los pueblos de habla hispana en América.

El primero es la llegada de Cristóbal Colón al mando de las tres Carabelas el 12 de octubre de 1492 a tierras de la actual Bahamas, iniciando con ello la conquista y cristianización –léase, occidentalización– de los habitantes del nuevo mundo.

El segundo es la batalla de Ayacucho, librada el 9 de diciembre de 1824 en el territorio de la actual República del Perú, de la que se conmemoran 200 años este 2024. En ella el ejército de los patriotas –o, más bien, de los secesionistas– comandados por el general Antonio José de Sucre, infligieron la derrota definitiva al ejército de los realistas en el continente americano.

Tal hecho implicó la ruptura del último vínculo político-institucional con la Monarquía Hispánica, de la que habían sido parte los pueblos americanos de habla española durante casi 300 años. De allí que se afirme en los ámbitos político, académico y, sobre todo, militar, que ese día se libró una "gloriosa gesta militar" que "selló la libertad de las nuevas repúblicas del continente".

Transcurridos dos siglos desde entonces, cabe preguntarnos si las repúblicas y sus conductores han cumplido la promesa de asegurar la emancipación, igualdad y libertad de los ahora ciudadanos hispanoamericanos, frente a la supuesta servidumbre en la que se hallaban bajo el régimen institucional monárquico –descrito en varios himnos nacionales hispanoamericanos como "despotismo", "yugo", "tirano" y "opresor", según lo destaca Gil Ibáñez³.

La justicia en Hispanoamérica antes de las repúblicas

Lo anterior nos remite a la pregunta por la garantía de la justicia por parte de las repúblicas surgidas en el siglo XIX. En concreto, si estas últimas, tras los baños de sangre, empobrecimiento, conflictos internos y externos, y subordinación económica y cultural a sociedades rivales del mundo hispánico, etc., han asegurado, en términos jurídicos, lo justo debido⁴ a los ciudadanos de un modo más efectivo de lo que las instituciones reales lo hicieron durante el período virreinal hispanoamericano.

Las fuentes jurídicas rectoras en dicho período virreinal, desde lo resuelto por la Reina Isabel I de Castilla, o Isabel La Católica⁵, serán las



FIRMA DEL ACTA DE INDEPENDENCIA / MARTÍN TOVAR Y TOVAR

Siete Partidas, el derecho castellano (que se nutre del romano, del canónico y del común medieval), el derecho casuístico generado a través de la "Reconquista" de la Península Ibérica y, muy especialmente, por las Leyes de Indias⁶.

Ejemplos de tales instituciones fueron las audiencias, cabildos, gobernaciones y residencias, entre otras, las cuales, junto a misiones y órdenes de la Iglesia católica, hicieron posible que surgiera de manera gradual un marco institucional original, orientado a resolver los problemas de la vida en común de los habitantes mestizos de las provincias americanas del Reino hispánico, a través de vías jurisdiccionales directas para reclamar contra las autoridades por abuso de poder⁷.

Ahora bien, ese marco tuvo su fundamento y derivó su fuerza obligatoria de la lealtad y adhesión voluntaria de la autoridad real y los súbditos a creencias y símbolos propios de la cosmovisión católica del mundo, como el reconocimiento universal de la igual dignidad de todo ser humano. Por tanto, no derivó de invocar conceptos abstractos, no siempre compatibles con las tradiciones propias, como muchos de los que llegaron con las repúblicas (Estado-nación, poder constituyente, interés público, dominio público, etc.).

Téngase presente que es a dichas fuentes, instituciones y a su fundamento metafísico, a lo que se alude de forma despectiva como "Antiguo Régimen" en los libros de derecho constitucional y de derecho administrativo a ambos lados del Atlántico, sesgados visceralmente por la leyenda negra antihispana⁸, que pervive hoy en día en libros, artículos "científicos", películas y series⁹.

La justicia en Hispanoamérica después de las repúblicas

Ante ese abominable "Antiguo Régimen", las élites políticas y económicas criollas –con los llamados libertadores a la cabeza– optaron por la secesión, pero no tanto por su fidelidad a ideales políticos, ni tampoco por un sentimiento de ciudadanía compartido con los restantes sectores sociales de cada virreinato, capitánía general o provincia. En realidad, seres humanos al fin, buscaban su propio beneficio y, al mismo tiempo, siempre desconfiaron de esos otros sectores¹⁰, desde sus visiones ilustradas europeas, contradictorias con la tendencia natural hispana al mestizaje.

Sin embargo, en los textos escolares, discursos políticos y estudios universitarios, nada de lo anterior se dice. Al contrario, en el ámbito público y educativo se acoge y difunde

la leyenda negra promovida por los adversarios de la hispanidad –o sea, de los hispanos y no solo de los actuales españoles–, para "legitimar" lo que, de otra manera, no sería visto sino como lo que fue: una sedición injustificable en ese momento de la historia para un gran porcentaje de los súbditos de la Corona hispana.

A pesar de ser hispanos, los "patriotas" optaron en lo formal por dejar de lado y abolir en lo posible, las fuentes e instituciones políticas y jurídicas indianas, y adoptar –de forma más aparente que real– fuentes e instituciones generadas por otras sociedades occidentales (la constitución de los EEUU de América, declaraciones de derechos, el derecho administrativo francés, etc.) desde su propia experiencia histórica y necesidades, no mediante la imitación de lo hecho en otras comunidades políticas¹¹.

En ese tránsito, analizado por Viso en *Venezuela: identidad y ruptura*, una de las grandes pérdidas de los hispanohablantes americanos en cuanto a la posibilidad de exigir justicia ante conductas arbitrarias de otros privados y, en especial, de las autoridades de los Estados que llegaron con las repúblicas, es la desaparición de vías directas para exigir la tutela judicial de sus situaciones jurídicas, llamadas ahora "derechos subjetivos".

En efecto, si bien en México se restablece esa posibilidad en la Constitución de 1857, al adoptarse una vía judicial –el amparo– para proteger esos derechos, en los restantes países, en general, no será hasta el siglo XX¹² que se adopten vías similares –en Chile con la Constitución de 1980 y en Venezuela a mediados de esa década–, que fueron aplicados tiempo después desde su reconocimiento formal.

Sobre tal ultraje de las repúblicas "liberales", Bravo Lira ha señalado, en un análisis aplicable a varios países hispanoamericanos, que se pretendió conjurar el problema del abuso de poder con la eliminación de los recursos judiciales y la puesta en vigencia de derechos abstractos¹³.

Después de años de mortandad, destrucción económica, subordinación política irresponsable –pues el fin justificó los medios– a adversarios de la hispanidad y de cruentas batallas como la de Ayacucho, ¿la falta de protección jurídica a los ciudadanos de las nuevas repúblicas, en algunos casos por más de un siglo, puede considerarse un simple olvido o descuido de las élites gobernantes?

¿Por qué la justicia en Hispanoamérica empeoró tras la llegada de las repúblicas?

Es difícil aceptar esa hipótesis. Más

bien ello parece ser consecuencia del desprecio que esas élites han sentido a lo largo de la historia por sus compatriotas, quizá por su complejo de ser hispanos y no anglosajones, franceses o neerlandeses. Al retener el poder y compartirlo cuando no hay más remedio con quienes mediante golpes militares o revoluciones colectivistas han asaltado ese poder, las élites que mantienen la visión ilustrada de los secesionistas no han sentido la necesidad de consolidar un estado de derecho, ni vías judiciales que actúen de forma justa e imparcial.

Tampoco les ha importado a tales élites el marco jurídico e institucional de las repúblicas, pues no están vinculados a él por sentimientos de lealtad o de fe. Preocupadas por las apariencias y las formas, la relación de los gobernantes con el derecho en nuestras repúblicas ha sido instrumental, voluntarista y carente de escrúpulos para operar al margen de aquel. Sin importar el impacto de ello sobre el bien común ha prevalecido el interés por lograr réditos personales, partidistas y mercantilistas.

Consecuencias del desprecio de la justicia tras Ayacucho

Por ese tratamiento irresponsable de las élites gobernantes hacia el derecho, los hispanohablantes en general no confían en sus instituciones, y estas suelen ser ineficientes, cuando no inaccesibles, para brindarles justicia cuando tienen controversias jurídicas, en especial con las autoridades. Ello, como lo muestra Axel Capriles¹⁴, ha reforzado la adhesión a los arquetipos del "pícaro" y el "alzado".

Mas, estimamos, ello no obedece a una determinación genética a la trampa o la violencia entre los hispanos, sino que ha sido más una reacción, también indeseable, a la violencia que las repúblicas han generado contra sus ciudadanos (que incluye guerras civiles, guerras entre Estados, dictaduras militares, dictaduras colectivistas socialistas, tiranías con visos totalitarios, etc.). Violencia que contrasta con la paz¹⁵ que caracterizó la mayor parte de los casi 300 años de régimen virreinal, tras el cese de los enfrentamientos durante el período inicial de conquista.

La caótica situación de la justicia oculta bajo el falaz relato de la emancipación

Ha sido esa desconfianza, y la convicción de que la impunidad es la regla, lo que, al menos en parte, explica el caos de la justicia en Guatemala tras el paso de la CICIG¹⁶, la captura política del Poder Judicial en Venezuela a través de la constituyente de Chá-

vez en 1999¹⁷, y la reciente reforma judicial de México, que facilitará la politización profunda del poder judicial de ese país¹⁸, entre otros ejemplos que podrían citarse del resto de países hispanohablantes.

Luego de 200 años de la "gloriosa gesta" de Ayacucho, las repúblicas hispanoamericanas en general, no han logrado asegurar a sus ciudadanos lo que en derecho les corresponde. Al contrario, mientras más constituciones y más listas de inútiles derechos gaseosos, más injusticias y arbitrariedades se consolidan. No conformes con ello, las élites insisten en engañar a sus iguales con relatos falaces acerca de la conquista y las "independencias", potenciando la falsa creencia de que antes del siglo XIX fuimos colonias y que gracias a los libertadores nos emancipamos de la tiranía.

Corregir esa falsa conciencia histórica, reflexionar y hacernos parte de nuestras raíces hispánicas puede ser un primer paso hacia la libertad, la justicia y el desarrollo, en estas tierras que alguna vez fueron parte del más grande proyecto civilizatorio occidental de la historia. ©

- Académico e investigador. Universidad Santo Tomás, Chile. Integrante de Panhispania.
- El contenido del programa está disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=xMjy-3iu5X8>
- Gil, A. (2024). "Bicentenario de Ayacucho. ¿Algo que celebrar?". *Laus Hispaniae* 21, pp. 52-60.
- Hervada, J. (2011). *¿Qué es el derecho? La moderna respuesta del realismo jurídico*. Pamplona: Universidad de Navarra, pp. 42-48.
- Fábrega, C. (2020). "España y el nacimiento de los derechos humanos". Disponible en: <https://bit.ly/3zTe0Xk>
- Henche, J. (2021). *Las Leyes de India. Ordenamiento de Protección de la Monarquía Hispana a los pobladores nativos de América*. Madrid: Editorial Circulo Rojo.
- Malagón, M.A. (2010). "Antecedentes del derecho administrativo en el derecho indiano". *Estudios Socio-Jurídicos*, 5 (3), pp. 45; y Arancibia, J. A. (1999). "Responsabilidad de los gobernantes por daños y perjuicios causados a los gobernados en el Chile indiano: once casos de jurisprudencia (1552- 1798)". *Revista Chilena de Historia del Derecho*, 18, pp. 53-83.
- "La leyenda negra española es un término utilizado para definir la imagen negativa que algunos historiadores y autores extranjeros han dado de España y los españoles a lo largo de la historia". Rubio, J. (2023), *España contra su leyenda negra*. Madrid: La Esfera de los Libros, p. 38
- Sobre esto ver, por ejemplo, Boisseau, E. V. (2022): *Hollywood contra España*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Véase Bosch, J. (1966): *Bolívar y la guerra social*. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez.
- Véase Herrera, L. (2024): "Derecho público y control del poder en la Hispanoamérica virreinal", *Araucaria*, 26(55), pp. 13-36.
- Ver Fernández, V. y Samaniego, N. (2011): "El juicio de amparo: historia y futuro de la protección constitucional en México", *Revista IUS* 5 (27), pp. 173- 200.
- Bravo, B. (1990): "Protección jurídica de los gobernados en el nuevo mundo (1492-1992). Del absolutismo al constitucionalismo". *Revista Chilena de Historia del Derecho*, 16, pp. 334.
- Capriles, A. (2008): *La picardía del venezolano o el triunfo de tío conejo*. Caracas: Taurus.
- Ver lo expuesto sobre el tema por María Elvira Roca Barea en entrevista disponible en: <https://bit.ly/3XTfyZe>
- Ver Sabino, C. (2022): *La CICG. ¿Experimento o conspiración?* Guatemala: Editorial SET.
- Canova, A., y otros (2014): *EITSJ al servicio de la Revolución*. Caracas: Editorial Galipán.
- Ver análisis de organización Human Rights Watch en el siguiente reportaje: "Reformas de Morena amenazan derechos humanos en México: Human Rights Watch". A juicio de esta última: "Estas 'peligrosas propuestas' debilitarían la independencia judicial y darían un poder sin precedentes a los militares". Disponible en: <https://bit.ly/3Y170lh>

ANIVERSARIO >> 200 AÑOS DE LA BATALLA DE AYACUCHO

Bolívar aún debe morir

“la reacción virulenta al artículo me demostró que el culto al falso dios Bolívar estaba más vivo que nunca y, por ello, debía insistir en este planteamiento con mayor vehemencia”

CÉSAR PÉREZ GUEVARA

Al cumplirse el bicentenario de la batalla de Ayacucho, un acontecimiento totémico entre la gran cantidad de fechas de batallas, sitios y escaramuzas entremezcladas y exageradas que se nos enseñan en los países hispanoamericanos desde nuestra más tierna edad, como *ut carmen necessarium*, me ha venido a la cabeza una serie de reflexiones que, bajo el título “Bolívar debe morir”, presenté a la opinión pública a modo de artículo a mediados del año 2020.

En primer lugar, con rigurosidad histórica, en dicho texto hacía un recuento de la vida de Simón Bolívar, narrando a rajatabla cada aspecto de su existencia en su justo contexto, sin disminuir ni exagerar, presentando únicamente la controvertida vida de este relevante hombre público. Luego, a partir de este sucinto esbozo biográfico, elaboraba —evocando al filósofo Nietzsche— las bases de lo que he llamado “el devenir espectral de Bolívar”. Un proceso en el que se creó un dios con pies de barro del mismo nombre y presunta identidad del afamado militar y político, al cual, en su deificación, se le extirpó cualquier



MUERTE DE BOLÍVAR – ANTONIO HERRERA TORO / ARCHIVO

error o conducta impropia de los ángeles, al tiempo que se exacerbaban o, más vulgarmente, se inventaban rasgos de su personalidad o hechos que nunca ocurrieron. Este proceso, dirigido por sus sacerdotes, tenía como pretexto la necesidad de fundamentar un supuesto espíritu republicano, una identidad nacional y otras cuestiones por el estilo.

Posteriormente, en ese artículo, hacía referencia al importante trabajo *El culto a Bolívar* de Germán Carretera Damas, en el cual se desarrollan de manera exquisita los principales indicios de lo que el autor bautizó como “la segunda religión”. Explicado esto, me dediqué a analizar la utilización política que se ha hecho tanto desde la izquierda como desde la derecha de esta figura deificada e hipertrofiada de Simón Bolívar, apoyándome en el notable trabajo de Tomás Straka *La épica del desencanto. Bolívarismo, historiografía y política en Venezuela*, particularmente en su capítulo “Del antipositivismo a la ideología de reemplazo”.

Finalmente, al concluir el artículo, pedía al lector que le diera una lectura íntegra al texto para comprender el sentido correcto de mis palabras. No pretendía otra cosa más que, independientemente de su afinidad o desagrado por el personaje histórico, entendieran que lo primordial era matar a este falso dios creado a partir de la figura histórica de Simón Bolívar, que sirve de sustento para cualquier tipo de autoritarismo vernáculo. Por lo tanto, debíamos matar a este espectro, tal como Nietzsche nos enseñó en *Así habló Zaratustra*. Incluso, a pesar de lo claro de mis palabras, siempre dejé en evidencia que, respecto al personaje histórico, ya no había nada que hacer, pues había muerto en 1830 y, por lo tanto, su hálito vital no iba a resurgir. Cualquier cosa que se dijera en sentido contrario era pura demagogia.

El lector imaginará que, como ocurre en todo caso de fanatismo religioso, apenas se publicó el artículo, recibí todo tipo de insultos, amenazas de

muerte, procacidades y deseos de destrucción hacia mi persona, por parte de quienes se proclamaban los más obstinados seguidores del falso dios Bolívar. Igualmente, recibí expresiones negativas, algunas menos dramáticas que otras, de catedráticos y presuntos intelectuales que, incapaces de leer más allá del título del artículo o, habiéndolo hecho pero sintiéndose heridos por la sola alusión al personaje más allá de la adulación, mostraban su enfado y desprecio como si mis palabras hubieran estado dirigidas con mala intención a alguno de sus progenitores o familiares cercanos. Así, la reacción virulenta al artículo me demostró que el culto al falso dios Bolívar estaba más vivo que nunca y, por ello, debía insistir en este planteamiento con mayor vehemencia, a pesar de trastocar las susceptibilidades de los devotos de dicho culto. Por tanto, mis palabras, que ya representaban un riesgo al vivir en Venezuela y hablar en contra del culto a Bolívar, se han intensificado con los años, hasta el punto de que ahora, en mi exilio en tierras ibéricas, continúo con mayor énfasis con este discurso.

Conforme a lo anterior, resulta impresionante observar que, doscientos años después de la batalla que en Ayacucho consolidó la separación política de la mayor parte del mundo hispano, nuestros pueblos sigan adorando a este falso dios, protagonista de aquella contienda. Además, cualquier palabra razonable que se oponga a este impío culto es denostada, descalificada y despreciada, como de seguro ocurrirá también con estas.

Por ello, es previsible que los gobernantes de nuestros fallidos y artificiales intentos de Estado saldrán bien emperifollados a celebrar, con discursos altisonantes, el bicentenario de la batalla de Ayacucho. En estos discursos, lanzarán sin reparo términos abstractos como libertad, independencia y patria, conmemorando una batalla que, junto a una clase política lamen-

table de hace dos siglos, hizo sucumbir al mundo hispano a un despropósito en el siglo XIX y buena parte del XX. Un período en el cual se procuró escindir de Hispanoamérica la parte fundamental de nuestra identidad: la hispanidad, alentando a la población a beber grandes sorbos de la tórrida leyenda negra antiespañola, lo que desencadenó décadas de guerras civiles y sistemas políticos débiles. Mientras tanto, en la península ibérica, sucesos como las guerras carlistas y el desastre de 1898 tampoco trajeron tranquilidad, sin mencionar la triste Guerra Civil.

En pleno siglo XXI, los hombres y mujeres del pueblo hispano, acosados por delirios indigenistas y chovinistas, y hartos de ver cómo buena parte de nuestra clase política confunde el resentimiento y el victimismo con orgullo nacional, hoy más que nunca debemos hacer morir a este falso ídolo de Bolívar. Debemos aceptar la historia que nos separó hace dos siglos, pero al observar los errores que nos ha mostrado el tiempo, es menester que comprendamos finalmente nuestra verdadera base identitaria como miembros del pueblo hispano, dejando de lado nuestras diferencias y enfocándonos en todo lo que nos une. ¡Cuidado! Esto no significa que podamos volver al pasado. Lo que ocurrió está fuera de nuestro alcance. Sin embargo, está en nuestras manos hacer que el pueblo hispano, balcanizado en tantos países, vuelva a significar algo importante para el mundo, dejando de lado los falsos dioses y logremos proyectar un futuro de mayor colaboración y hermanamiento en busca de un futuro promisorio como un bloque que nuevamente sea importante en el mundo ¡Viva la hispanidad! ☪

Panhispania —instancia de reflexión sobre la inserción óptima del bloque hispánico en el mundo— agradece al *Papel Literario* de **El Nacional** y a su director, Nelson Rivera, el haber acogido la proposición de resaltar, mediante textos de algunos de sus miembros, así como de plumas independientes, los doscientos años de Ayacucho. Todo con el fin de poner el foco y la lupa sobre lo que fue roto, sobre sus consecuencias, sobre las posibles vías para reunir los pedazos de Hispanoamérica y retomar caminos de plenitud.

El asesinato de Antonio José de Sucre

Copiado de la versión digital del *Diccionario de Historia de Venezuela*, Fundación Empresas Polar

ILDEFONSO MÉNDEZ SALCEDO

Situación político-militar de la unión colombiana

Para entender las razones que llevaron al asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, conviene examinar someramente la situación por la que atravesaba Colombia poco antes de decidirse su desintegración. Por lo menos desde 1826 era una aspiración bastante generalizada entre las élites políticas y militares de cada sección de la República, propiciar y lograr la separación con respecto a un Estado que en cierto modo les había coartado sus aspiraciones autonomistas. Por eso no son raros los movimientos de oposición surgidos a partir de ese año en contra de la persona que había propuesto y defendía a todo trance la unidad colombiana: el Libertador Simón Bolívar. Llegado el momento de la inminente separación, a Bolívar no le quedó otro camino que aceptar el deseo de las élites caraqueñas, bogotanas y quiteñas, y renunciar de manera definitiva al mando. Sucre, por su parte, era partidario de conservar la integri-

dad colombiana, apoyando el proyecto de redactar una nueva Constitución que confiriera a cada una de las secciones el *status* de Estado confederado. Pensaba que se debía estimular el surgimiento de un gobierno vigoroso que garantizara la propiedad y la libertad y que diera a los ciudadanos garantías efectivas del cumplimiento de las leyes.

En noviembre de 1829 partió Sucre de Quito con rumbo a Bogotá, investido como diputado por la provincia de Cumaná al Congreso que debería reunirse para decidir el destino de Colombia. El 20 de enero de 1830 se instaló el llamado Congreso Admirable, teniendo como presidente al mariscal Sucre. Allí tuvo la oportunidad de dar a conocer sus ideas y de recomendar al Libertador que no renunciara a la presidencia de la República hasta tanto el Congreso no aprobara la Constitución y nombrara los magistrados. Conocida en Bogotá la resolución del gobierno venezolano de separarse de la República, el Congreso nombró una comisión integrada por Sucre, José María Esteves, obispo de Santa Marta y vicepresidente del Congreso, y el diputado Francisco Aranda. Los comisionados debían comunicar al gobierno venezolano las resoluciones acordadas en favor de cada sección buscando mantener su integridad. Ante la negativa de impedir el paso de los comisionados más allá de La Grita, estos optaron por regresar a la villa del Rosario de Cúcuta y esperar la llegada de los enviados de Caracas: general Santiago Mariño, Martín Tovar Ponte e Ignacio Fernández Peña. Realizadas las conversaciones, entre el 18 y el 21 de abril, sin llegar a resultados concretos, los comisionados emprendieron el regre-

so a Bogotá, adonde arribaron el 5 de mayo. En la capital, Sucre se enteró de la proscricción hecha contra Bolívar y de él como su heredero político, todo lo cual lo desengañó y lo llevó a pensar en su retiro de toda actividad pública para dedicarse a la vida familiar al lado de su esposa Mariana Carcelén y Larrea, marquesa de Solana, y de su pequeña hija Teresa.

Crimen de Berruecos

Existen pruebas suficientes de que fueron los enemigos políticos del Libertador y de todo proyecto que implicara la continuación de la unidad colombiana, quienes planearon y encargaron al general José María Obando, comandante general del Cauca, el asesinato del mariscal Sucre. Se sabe que en Bogotá se reunía un grupo conspirador integrado por Manuel Antonio Arrublas, Ciprián Cuenca, Ángel María Flores, Vicente Azuero, Luis Montoya, Genaro Santamaría y otros. Se tienen noticias de que el general Juan José Flores, encargado por una Asamblea del mando supremo de Quito, temía que con la llegada de Sucre la Asamblea Constituyente nombrara al cumanés presidente de la nueva república. Por tal razón estuvo de acuerdo con la acción planificada por Obando para no dejar salir a Sucre con vida de la Nueva Granada.

Hasta Sucre habían llegado los rumores de que se quería atentar contra su vida, sin embargo prefirió emprender la marcha inmediata hacia Quito por la vía de Popayán y Pasto. El 13 de mayo salió de Bogotá acompañado por 6 personas: el diputado Andrés García Téllez, el sargento de Caballería Ignacio Colmenares, su asistente el sargento Lorenzo Caicedo, un sirviente de Gar-

cía de nombre Francisco, y 2 arrieros encargados de las bestias de carga. La lenta marcha los llevó a pasar por varios pueblos y caseríos hasta llegar a Popayán a fines de mes. El día 28 continuaron el viaje, no sin antes escuchar las advertencias de varias personas sobre el peligro que corría la vida del mariscal si seguían la marcha hacia Pasto. Mientras tanto, ya Obando tenía las acciones previamente calculadas. Encargaron las operaciones al coronel Apolinar Morillo quien debería encontrarse con José Erazo y el coronel Juan Gregorio Sarria, guerrilleros y criminales al servicio de Obando, en el sitio denominado Salto de Mayo, donde Erazo tenía una pequeña casa de obligada parada. Allí mismo contrataron al resto de los hombres: Juan Cuzco y los soldados licenciados Andrés Rodríguez y Juan Gregorio Rodríguez. El plan era sencillo: esperarían a los viajeros al internarse en la selva de Berruecos y le dispararían a Sucre hasta matarlo con “cortados”, pedazos de plomo cortados a cincel. El 1 de junio llegó la caravana al pueblo de Mercaderes. El 2 se alojaron en Salto de Mayo, acomodándose para descansar varias personas en poco espacio. Allí conocieron al temible José Erazo. El 3 partieron hacia La Venta, donde extrañamente se toparon de nuevo con Erazo, por lo que entraron en sospecha. El día 4 partieron temprano; al entrar a la selva de Berruecos se empezaron a separar debido al camino tortuoso. Una hora después de haber salido, en un punto intermedio entre El Cabuyal y La Jacoba, Sucre fue asesinado de 4 disparos sucesivos dirigidos a la cabeza, el cuello y el pecho. Al día siguiente su asistente Caicedo, con la ayuda de va-

rias personas sepultó el cadáver en un claro de la selva denominado La Capilla. El día 6 desenterraron el cadáver personas enviadas por Obando, entre ellas el médico Alejandro Floot, para verificar su fallecimiento. Enterada la marquesa de Solana del trágico suceso, mandó trasladar los despojos de su esposo de manera secreta para darles sepultura en Quito ese mismo año.

Resultados del juicio condenatorio

Se sabe que en 1830 el general Rafael Urdaneta, a la sazón presidente de Colombia, ordenó iniciar proceso contra los implicados, concretamente contra Obando y López, pero al dejar la primera magistratura al año siguiente, las averiguaciones se paralizaron y las pruebas se extraviaron. En 1839, casi una década después del crimen, a raíz de haber sido hecho prisionero Erazo, se retomó el proceso. Interrogado Morillo, confesó los pormenores del hecho, mencionando a las personas implicadas y aclarando que había actuado por orden de Obando. El 18 de agosto de 1842 un Consejo de Guerra sentenció a Morillo a la pena capital y recomendó al Poder Ejecutivo solicitar en extradición a Obando y varios de sus cómplices quienes se habían refugiado en territorio peruano. La Suprema Corte Militar propuso al Poder Ejecutivo la conmutación de la pena contra Morillo, lo cual no fue aceptado por el presidente de la Nueva Granada, Pedro Alcántara Herrán. Así, el 30 de noviembre del mismo año, Morillo fue fusilado en la plaza mayor de Bogotá, convirtiéndose con esto en el único condenado por el crimen del Gran Mariscal de Ayacucho. ☪

MEMORIA >> ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ (1895-1964)

Enrique Bernardo Núñez, detalles biográficos

Los siguientes fragmentos provienen de la lectura de *Enrique Bernardo Núñez*, biografía que hizo Eloi Yagüe Jarque para la Biblioteca Biográfica Venezolana de El Nacional y Fundación Bancaribe

LUIS MANCIPE LEÓN

Enrique Bernardo Núñez nació el 20 de mayo de 1895, en Valencia, Carabobo. Por esos años Venezuela vivía entre alzamientos y revueltas. Pocos días después de su cuarto cumpleaños, el 23 de mayo de 1899, cruza el río Táchira, en marcha triunfante hacia Caracas, la Revolución Liberal Restauradora, llevando a Cipriano Castro y a su compadre Juan Vicente Gómez al poder. Hacia 1943, casi medio siglo más tarde, Núñez escribió *El hombre de la levita gris*, un ensayo biográfico sobre Castro y su desordenado gobierno, que puso fin a los pequeños caudillismos y al que le tocó enfrentar el desafío administrativo de la deuda que Venezuela tenía con Alemania, Francia, Holanda y algunos otros países de Europa.

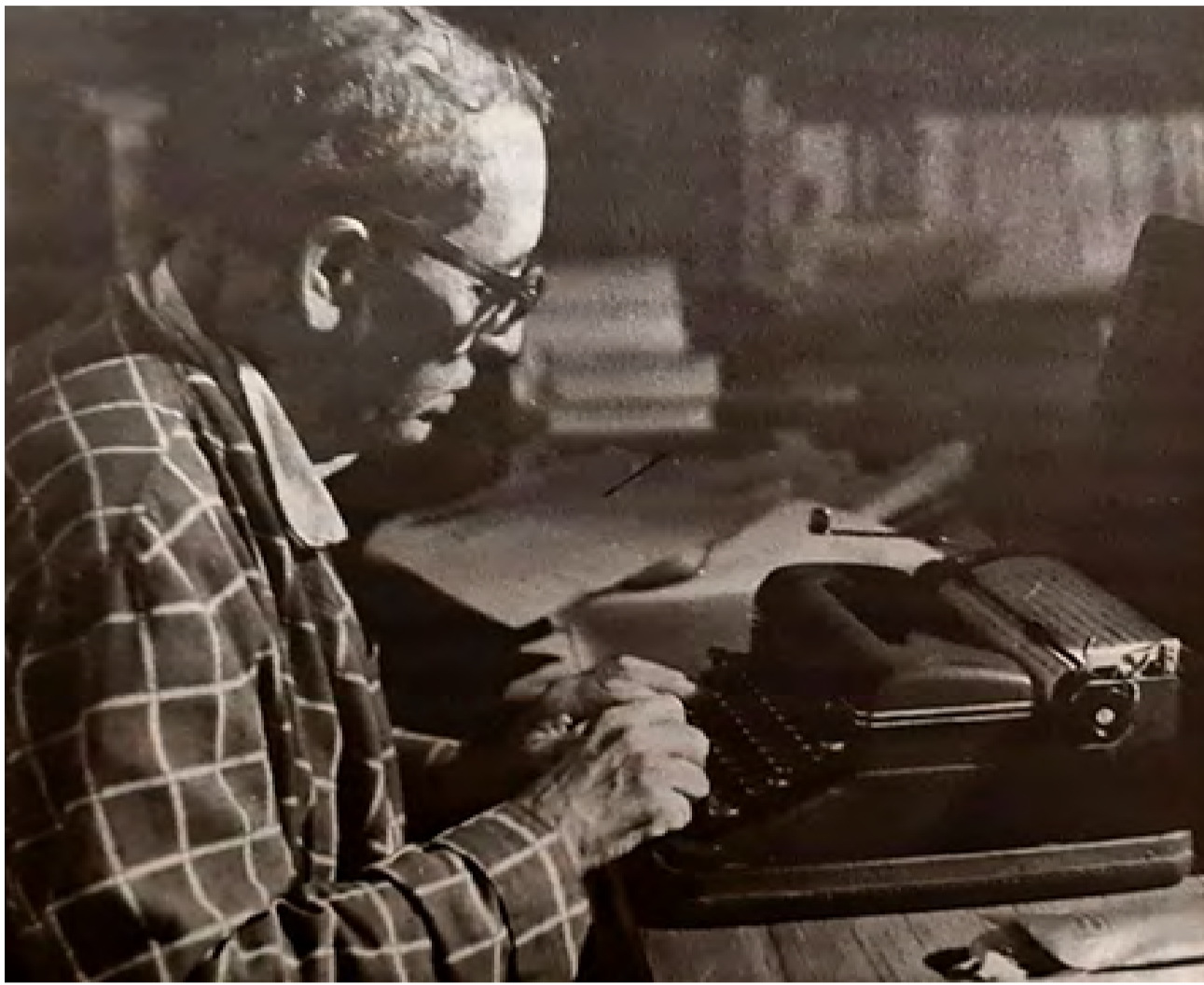
Anota Néstor Tablante y Garrido: “El 11 de febrero de 1902 visita a Valencia el presidente Cipriano Castro; el niño Enrique Bernardo declama, al pie del monolito de la Plaza Bolívar, el poema ‘La Paz’, de Heracio Martín de la Guardia. Don Cipriano, emocionado, abraza y felicita al niño, a quien obsequia con un espléndido regalo...”.

En 1908 Castro sería destituido por Gómez, quien gobernó hasta su muerte, en 1935. En suma, la mayor parte de la vida de Núñez transcurrió bajo dictaduras: de 1948 a 1958 la de la Junta Militar y Marcos Pérez Jiménez.

La ciudad de Valencia, fundada el 25 de marzo de 1555, serviría como base durante la Conquista para preparar el dominio y fundación en 1567 de Santiago de León de Caracas, ciudad de la que EBN sería nombrado cronista ya en el siglo XX. Quiso dar cuenta de la épica de ambas ciudades, y se consiguió con la dificultad de hallar registros indígenas, aunque fuese un punto de vista respecto de aquellos acontecimientos. “De los primeros moradores muy poco o nada sabemos. Quisiéramos conocer ahora sus mitos, sus leyendas, su música y sus danzas, los nombres que daban a las constelaciones. Pero solo queda de ellos sus osarios y alguna que otra palabra (...). Vestigios preciosos de una hermosa lengua”, escribiría el propio Núñez.

Terminado el bachillerato en 1910, se traslada a Caracas con sus padres. Tiene 15 años. Eran tiempos de mucha pobreza. Empieza a trabajar desde entonces. Cinco años más tarde ingresa a la Universidad Central de Venezuela, en la vieja sede de San Francisco, como estudiante de Medicina y luego como oyente en Derecho.

En esa segunda década del XX, Caracas no era tan moderna. Durante su dictadura, Gómez decidió instalarse en Maracay, y el diseño urbanístico de la capital estaba algo rezagado en cuanto a otras ciudades como su natal Valencia; “más que capital de la República parecía del desengaño venezolano”, escribió Picón Salas. Sin embargo, será allí en 1912, donde sur-



ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ, ESCRIBIENDO POCO ANTES DE SU MUERTE / FOTO INCLUIDA EN BIBLIOTECA BIOGRÁFICA DE EL NACIONAL

ja el Círculo de Bellas Artes, al que acudieron tanto pintores como escritores: Manuel Cabré, Leoncio Martínez, Armando Reverón, Julio y Enrique Planchart, Rómulo Gallegos, Fernando Paz Castillo, entre otros. Luego vendría La Alborada, y los poetas de la llamada generación del 18. Núñez no pierde de vista la cultura mientras se forma como médico, o intenta. La universidad, a razón de unas protestas estudiantiles, es cerrada por Gómez. No poder asistir a clases, le va a servir para replantearse su vocación.

En 1916 publica su primer artículo en prensa, para *El Heraldo* de Barquisimeto. Ya en 1917 ha publicado en *El Diario*, *El Nuevo Diario*. En 1918 lo hará también en *El Universal*. Apoyado por el entusiasmo de su amigo Ángel Miguel Queremel, Núñez abandona los estudios y decide dedicarse al periodismo y la escritura literaria. Ese año publica su primera novela *Sol interior*.

La novela no es bien recibida. Escribe Orlando Araujo: “Mal crítico de sus novelas, Enrique Bernardo Núñez, en la vehemencia de sus 23 años, creyó dar al país con *Sol interior* una buena novela. Y no era cierto”. Esto fue un duro golpe a su confianza como escritor, y en textos posteriores “envuelve sus quejas en una retórica que no disimula las heridas y deja, en cambio, entrever una alarmante susceptibilidad”. La novela, aunque fallida, da cuenta de la ambición de Núñez por hacer espacio para la historia en sus relatos de ficción: menciones a la Edad Media, el Renacimiento, los Welsler, el indio Paramacóni: son muestras de lo que más tarde su pasión iría perfeccionando. Núñez despacha *Sol interior* de su bibliografía como un “pecado de juventud”.

Un segundo intento: *Después de Ayacucho* (1920). Escribe Orlando Araujo: “La trama es sencilla: un enredo amoroso entre el mulatito [Miguel Franco] y la nieta del mantuano provoca, por reacción del primero ante las humillaciones y obstáculos sufridos, una cadena de acontecimientos que lo ponen (...) en el único camino que el hombre del pueblo tiene para surgir y ser de arriba: la guerra [Federal] (ser militar)”. Para Alexis Márquez Rodríguez: “desafortunadamente se quedó en un intento fallido, pues la novela apenas alcanzó un mediocre nivel de calidad”. Javier Lasar-

te sugiere que el sentido del humor, cierto tono picaresco e irónico, la salva de ser cursi y la aleja de la tendencia criollista de la que para 1920 todavía padecen algunas publicaciones.

El 4 de marzo de ese año contrajo matrimonio civil con Cimodocea de las Mercedes Burgos Müller, madre de sus dos hijas: Isabel Mercedes del Monte Carmelo (1921) y Carmen Elena Enriqueta (1923). Enrique Bernardo se convierte en el sostén de su familia, lo que lo lleva a trabajar casi sin descanso: a veces escribía dos artículos en un día. Pasarán once años antes de que vuelva a publicar ficción: “El periodismo me impide emprender trabajos de algún aliento. Proyectos de ese género se van quedando de lado, sin tiempo para más”. Entre las columnas que sostuvo destacan *Signos en el tiempo* firmada por EBN en *El Universal*, y *Relieves* firmada por Cardón en *El Heraldo*; serían compiladas y publicadas más adelante. No obstante, en esas compilaciones, Núñez no incluyó textos anteriores a 1930: el ambiente conservador impuesto por el gomecismo en la prensa puede ser el motivo: Núñez trabajó para *El Nuevo Diario*, periódico abiertamente gomecista, dirigido por Laureano Vallenilla Lanz.

En 1925, el escritor Manuel Díaz Rodríguez es designado por Gómez como presidente (cargo de aquellos años) del estado Nueva Esparta, el autor de *Ídolos rotos* solicitó a Núñez como secretario. Juntos fundan *El Heraldo de Margarita*. Núñez fue su director por breve tiempo. El periódico decae, pasa a semanario y luego a quincenario hasta desaparecer en 1926. Sin embargo, antes de renunciar al trabajo, Núñez hace un descubrimiento maravilloso que le inspira la escritura de su próxima novela: *Cubagua* (1931). “Una capilla franciscana me servía de oficina. Un aire caliente y mohoso se respiraba en esa capilla (...) había un altar roto, y ladrillos que hice refaccionar para poner libros y papeles, y en el suelo, contra la pared, una lápida sepulcral, también rota. Allí se leía la crónica de Fray Pedro de Aguado, hallada por azar entre los pocos libros del Colegio de La Asunción, en la cual se narra la historia de Cubagua. Nombres, personas, cosas, ruinas, soledades, venían a ser como un eco del tiempo pasado. Aquellas imágenes acudieron luego a mi memoria, y ese fue el origen de mi librito...” (*Huellas en el agua*, *El Nacional*, 13 de diciembre de 1959). En efecto, cuatro años des-

pues iniciaría en otra isla –Cuba– la escritura de *Cubagua*.

El país desarrollaba su incipiente industria petrolera con una evidencia prometedora: las reservas son enormes, impresionantes. Sin embargo, el dinero va casi todo a las transnacionales, y por supuesto, a la fuerza de la dictadura y la comodidad de su gestor. En febrero de 1928, con la excusa de celebrar el carnaval, recién formada la Federación de Estudiantes Universitarios, los estudiantes de la UCV salen a desfilar a la calle. Frente al Panteón, donde estaban antes los restos de Bolívar, se quitan las máscaras y dan rienda suelta a la protesta antigomecista. Entre quienes participaron estaban Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, y tantos otros. A pesar de la represión, asesinatos, tortura y exilio, y la evidencia de que el dictador gobernaría hasta su muerte (1935), aquella efervescencia preparaba el terreno para un profundo cambio en el país.

Aunque tiene amigos poetas participa muy discretamente de la efervescencia política y literaria –son los años de la revista *Válvula*. Su prioridad era dar sustento a su familia. Cuando regresó de Margarita, no encontraba trabajo en Caracas. Los periódicos, que de por sí no pagaban bien, no tenían espacio para Núñez. *El Nuevo Diario* le admite algunas reseñas. Por una de ellas, sobre un libro del canciller, Pedro Itriago Chacín, le ofrecen la Legación de Venezuela en Colombia. Lo toma y se va con su familia a Bogotá en 1928. Nace entonces su hijo: Francisco Xavier.

De Bogotá se irá a La Habana y de allí a Ciudad de Panamá. Mientras trabaja establece amistades e intercambios con otros escritores: José Eustasio Rivera, Juan Marinello, entre otros. En Cuba escribe *Cubagua*. En París, bajo el sello Le Livre Libre la publica. De esa primera edición solo llegaron sesenta ejemplares a Venezuela, el resto, parece, fueron quemados en la aduana. En Panamá empieza a escribir *La galera de Tiberio*.

De vuelta en Venezuela sigue trabajando para el gobierno, como secretario general interino en el estado Anzoátegui. Allí pondrá punto final a su cuarta novela. La negación a leer un discurso preparado por el presidente del estado, y el atrevimiento de leer uno propio, le vale el cese laboral para el Estado. A Gómez le llega una carta en la que se dice que Núñez no

es afecto al régimen.

Vuelve a publicar en algunos diarios, pero no es suficiente. Acepta en 1934 un trabajo como operario telefónico –un *call center*– del Acueducto de Caracas. Una de sus columnas por esos días se llamaba: “Servicio de Aguas (5747)”. “Era como un grillete atado a mis pies. Yo desearía escribir las costumbres de los pájaros, por ejemplo, o la vida de nuestros pueblos (...). Pero uno no siempre escribe lo que quiere (...). Escriban otros el lado poético de las cosas”.

Para 1938, ya muerto Gómez, EBN logra ser nombrado cónsul de Venezuela en Baltimore, donde está enterrado Edgar Allan Poe, a quien dedica un artículo de *Signos en el tiempo* en *El Universal*. Endeudado como está, no puede llevar a su familia a Estados Unidos. Engavetada por seis años, Núñez al fin encuentra cómo costear *La galera de Tiberio*. Desde Bélgica llega la novela. Descontento con el libro, decide arrojar la edición al río Hudson en Nueva York. Conserva unos pocos ejemplares, que rayará y corregirá. Esos cambios serían incluidos en la edición de 1941. Núñez nunca dio explicaciones de tan radical actitud. Escribe Osvaldo Larrazábal: “La obra se sitúa en Panamá, principalmente, pero abarca toda una comunidad de necesidades y de sojuzgamiento ideológico. Está transcurriendo en 1930 y 1931 pero su trascendencia es tan vigorosa que aún está en plena vigencia (...). Enrique Bernardo Núñez hace una revisión premonitiva [sic] del futuro de nuestros pueblos y después de conjeturar al respecto (...), decide dar un grito de alerta y proponer una voz de esperanza en la recuperación de la vida con Ernestina y Pablo Revilla”. Hay factores autobiográficos e ideológicos de importancia en la novela, incluso aparece el propio Enrique Bernardo Núñez (que no es el narrador) como personaje en la novela.

Tras abandonar la escritura de ficción y dedicarse por completo al periodismo y la historia, Enrique Bernardo Núñez escribirá *Viaje por el país de las máquinas* como corresponsal de *El Universal* en Estados Unidos, por motivo de la Segunda Guerra Mundial. También escribió en Estados Unidos *El hombre de la levita gris*, la biografía sobre Cipriano Castro.

De regreso en Venezuela, Núñez ocuparía dos veces el cargo de cronista de Caracas (1945-1950 y de 1953 hasta su muerte, en 1964). Escribe entre esos años *La ciudad de los techos rojos* y seguiría publicando en diversos diarios del país. En *El Nacional* llevaría la columna *Huellas en el agua*. Publicaría *Juan Francisco de León o el levantamiento contra la Compañía Guipuzcoana*, *Miranda o el tema de la libertad*, *Fundación de Santiago de León de Caracas*, *Anales diplomáticos de Venezuela*, *Contribución a los trabajos preparatorios del Cuatricentenario de Valencia*. Este último tramo de su carrera goza también de trazos brillantes, y es que Núñez fue uno de los pensadores más consecuentes en su amor por la palabra y la historia en nuestro país. No alcanza el espacio ahora para ahondar en ello, cierro con una cita de Juan Liscano: “Núñez fue un hombre retraído y singular, disconforme; combatió desde la prensa y desde sus trabajos de investigación, por una toma de conciencia de lo venezolano, en aspectos que razonaban constantemente lo espiritual. Guillermo Sucre, en una hermosa evocación a raíz de su muerte, le define como un rebelde a lo Unamuno, que puso grandeza y pasión en su obra, humildad en su vida y que murió ‘de soledad en medio de muchedumbres’”. ☹

ENSAYO >> NOVELA MÍTICA E HISTÓRICA

Un corazón: una lectura de *Cubagua*

"A pesar de sus noventa páginas, a veces más, a veces menos, dependiendo de la edición y la versión –Núñez mantuvo una relación casi obsesiva con *Cubagua*, nunca dejó de revisarla y cambiarla–, no es una novela fácil. Tampoco imposible, pero sí exige atención, detenimiento"

LUIS MANCIPE LEÓN

La primera fundación que hizo la Corona española en lo que hoy consideramos Sudamérica ocurrió en un territorio donde no había agua potable, sí, en cambio, placeres de perlas... explotables. En Cubagua –una isla, cerca de Margarita, en Venezuela–, hacia 1500, se levantó Nueva Cádiz, bajo las órdenes de Giacomo Castiglione, italiano al servicio del reino de España. Ese fue el primer asentamiento, hoy en día unas ruinas.

Esta imagen es en mucho elocuente si nos atrevemos a pensar cierto destino, en apariencia inevitable, de la tierra: ser explotada, por encima de su potabilidad. *Si sabe tanto de todo / diga cuál es la república / donde el tesoro es botín / sin dificultad ninguna*, le pregunta el Diablo a Florentino en el poema de Arvelo Torrealba. Y, extremado el demonio, casi cualquiera que haya nacido en Venezuela, podría cumplirle la adivinanza al Diablo, y decirle que se trata de esa tierra de bautizos italianos y españoles –Tierra de Gracia o Paraíso Terrenal, según Colón, el genovés; América, Venezuela, por Vespucio; Nueva Cádiz por Castiglione–, donde eso que se llama tesoro, de pronto se convierte en botín: perlas, petróleo, PDVSA, CADIVI, millones de dólares, cacao, la Guipuzcoana, armas, un celular, unos *pisos*, lo que tú quieras. Hay quienes se atreverían a replicar que hacer del tesoro un botín no ocurre *sin dificultad ninguna*, que, por el contrario, se requiere una gran inversión en violencia para ello –esclavos, o taladros extractores, por ejemplo, que aun en su mejor condición de mantenimiento (libres de derrames) no dejan de ser violentos. Pero hay venezolanos como Florentino, que prefieren ponerse a hablar de las frutas, darle la vuelta al Diablo con una metáfora de abundancia exuberante, y le responden cantando *Sin dificultad ninguna / la colmena en el papayo / que es palo de blanda pulpa / el que no carga machete / saca la miel con las uñas*. Son imágenes, tienen su verdad. Me acuerdo de la miel en las uñas, de la supervivencia del mango en el 2015, sí, de la papaya, su tesoro al alcance de la mano –casi de cualquier mano–, donde hasta en las mierdas del Guaire ha habido gente buscando oro... ni hablar del Arco Minero del Orinoco, pólvora encarnada, plomo y mercurio.

Pareciera que en ese carácter de la tierra –su riqueza, superficial y profunda–, Venezuela tiene un núcleo mítico, donde se halla también el germen trágico de su destino. Al menos desde que tiene uno, cuando fue (re)nombrada. En cuanto a la isla que nos ocupa, los guaiquerías la llamaban *Cua Hua*, isla de los cangrejos, que han debido ser quienes la poblaron hasta que fue vista por Colón. Antes de ser fundada Nueva Cádiz, la isla de los cangrejos no podía tener algo tan trágico y occidental como un destino; lo que sí es seguro es que no era explotada, con suerte se podría decir que en ella ha-



PESCADORES DE PERLAS EN PORLAMAR (1918) – NICOLÁS FERDINANDOV / ARCHIVO

bía vida, y muerte, naturalmente.

Y es allí precisamente donde Enrique Bernardo Núñez sitúa "El secreto de la tierra" –título del segundo capítulo de *Cubagua* (1931), que empieza así: "La tirana surgió en Cubagua..." (Núñez 25).

Las poéticas de autores y autoras de Venezuela, también en los años del gomecismo, se rigieron por estos signos –alma, destino..., secreto– de la tierra. Cuando a Enrique Bernardo Núñez le tocó hacerlo, especialmente en *Cubagua*, escogió muy bien sus palabras, una a una, e imprimió en ellas un desengaño terso.

Para mí *Cubagua* está entre los textos que más se han acercado a las entretejas de ese corazón que es la imaginación del país, que bombea una esencia que alcanza si no la vida, sí la memoria –y por supuesto que no hablo solamente de la "personal"– de todos los venezolanos. No ha sido la única, claro está, ni de Núñez ni de las artes venezolanas. Pero de sus obras creo que es –y quizá él estaría de acuerdo conmigo– la que más cerca...

A pesar de sus noventa páginas, a veces más, a veces menos, dependiendo de la edición y la versión –Núñez mantuvo una relación casi obsesiva con *Cubagua*, nunca dejó de revisarla y cambiarla–, no es una novela fácil. Tampoco imposible, pero sí exige atención, detenimiento. Perdí la cuenta ya de cuántas veces la he leído –algunas han ocurrido en momentos críticos de mi relación con Venezuela, en los que he sentido que a ella o a mí está por devorarnos un desierto–, pero en cada lectura se me ha revelado como un pozo de un agua siempre fresca que renueva pulsiones que me rescatan de la locura. No quiero sonar exagerado, pero es por un amor muy grande que he caído en esos estadios. Hay gente que nunca debió salir de su país, y no me refiero a mí necesariamente, ni a la totalidad de los 8 millones de venezolanos migrantes a razón del crimen

inconmensurable que ha significado el chavismo, pero muchos se han visto en la necesidad de hacerlo y en su desorientación extranjera fueron conducidos directo a la muerte... Podría decirse que la muerte es el colmo del destino, es verdad..., el destino es más poderoso que un deber, que una ley, es y se cumple. Decía que a veces ha sido en momentos como estos que he vuelto a leer *Cubagua*. Y lo que encuentro entonces no es precisamente un consuelo.

Trataré de contar ahora con la mayor sencillez lo que ocurre en la novela... no me detendré demasiado ni me voy a abstener de adelantos, invito a leerla.

Dividida en ocho capítulos, *Cubagua* cuenta el viaje que el joven ingeniero en minas Ramón Leiziaga, oriundo de Caracas, graduado en Harvard y al servicio del Ministerio de Fomento, realiza a Margarita y Cubagua, con la misión de estudiar el territorio para su probable explotación petrolera.

La Margarita a la que llega Leiziaga no era la que hoy conocemos –que mientras escribo esto está cumpliendo 20 horas sin luz. Su ruralidad era todavía más extensa, y aunque no era virgen, su naturaleza dominaba casi todo el territorio. No había mayores edificios; digo, no demasiado altos. Castillos sí, un convento franciscano convertido en casa de gobierno, el ayuntamiento aún con el escudo de España. Era todavía colonial y premoderna. Lo que parecía abundar en la isla era el ocio: varios hombres se reunían a comentar *la noticia* de un racimo de plátanos que asomaba en el techo de una bodega. Hay quienes drenaban su energía recorriendo los campos al azar, con un rifle y sendos perros, entre las sierras y labranzas resacas con fábricas abandonadas cubiertas de plátanos, es el caso de Henry Stakelum, gringo, gerente de una compañía que explotaba –también en la novela en tiempo pasado– unos yacimientos de magnetita: el primer personaje que aparece en relato. Cuando nombra la primera playa, El Tirano, ocurre también la primera regresión: el narrador que viene haciendo un paneo arquitectónico de la isla y quienes la habitan, se remonta a la época de la Conquista y recuerda la estela asesina y violenta de Lope de Aguirre. Marca así el ritmo de la novela, entre el presente de la obra –los 20 del siglo XX– y tiempos de antes, aún más remotos que la Conquista, aún más remotos que las tradiciones y creencias indígenas. A casi cien años del presente de la novela (Núñez empezó la escritura de *Cubagua* hacia 1929 en otra isla: Cuba) anota el narrador: "Hace un siglo la ciudad fue quemada, arrasada, y des-

de entonces quedó tal como es hoy, señoreada por su castillo" (5).

Imposible detenerse en todos los personajes, pero lo haré todavía con dos: fray Dionisio de la Soledad y Nila Cálice. La relación entre ellos comenzó mucho tiempo atrás, cuando unos explotadores de caucho asesinaron a Rimarima, cacique tamanaco y padre de Nila. Navegando por los meandros del Orinoco, tras matar a un blanco, extirparle el corazón, quemarlo y guardar consigo sus cenizas, Nila consiguió a fray Dionisio tratando de leer en la oscuridad de la selva, alumbrándose con un cocuyo –este gesto le salvó de la muerte. Él conocía sus lenguas, amaba a la raza de Nila, los respetaba y admiraba; en algún momento el viejo fraile empezó a revelar a Nila secretos en los que ya Rimarima comenzaba a iniciarla. Desde entonces se acompañan. De modo que ellos dos son al menos doscientos años más viejos que el resto de los personajes. De ella se va a enamorar Leiziaga, y el fraile habrá de guiarlo hacia el secreto de la tierra, ya no en Margarita sino en Cubagua, donde el ingeniero debe levantar unos planos. Desde el siglo XVI, por las crónicas de Fernández de Oviedo, se sabe que en Cubagua, al oeste, hay "una fuente o manadero de un licor como aceite, junto al mar (...). Algunos de los que lo han visto dicen ser llamado por los naturales *stercus demonis*, y otros lo llaman *petrolio*"².

Cedeño –un hombre que no sé si es indio o es negro, calculo que ha de ser como ese venezolano moreno, criollo, resulta de un crisol de gentes– los lleva en una barca. En Cubagua vive Cálice, un viejo leproso, que algunas personas en Margarita creen que es el padre de Nila. Cálice, por vivir en la isla, trata con todo el que llega: pescadores, traficantes de perlas. La primera noche en Cubagua –acaso la única–, ya solos, fray Dionisio le muestra a Leiziaga un cuarto entre las ruinas de la otrora Nueva Cádiz. Allí el párroco guarda una bebida, el elixir de atabapo, que le invita al ingeniero. Le muestra entonces un viejo mapa de Nueva Cádiz, hecho por Luis de Lampugnano, conde milanés –que existió realmente–, quien a principios del siglo XVI quiso inventar una máquina para pescar perlas.

Consultando el mapa de Lampugnano para levantar el suyo, a Leiziaga "se le ocurrió un pensamiento que lo hizo reír: ¿Sería él acaso el mismo Lampugnano?" (34). El siguiente capítulo, "Nueva Cádiz" narra la tortura española y los alzamientos indígenas del siglo XVI: asesinatos, un hombre devorado por perros, Cuciú, una india que los españoles tenían de puta, quemada viva. Una narración enfocada a ratos en Lampugnano, de imágenes poderosísimas y conmovedoras: pocas palabras.

Esa misma noche, después de ese episodio, Leiziaga irá con fray Dionisio a unos sótanos/catacumbas cuya entrada está cubierta de nepentes³. Afuera, en la superficie y bajo el mar otras cosas irán pasando. Pescadores y barqueros –Cedeño, entre otros– sacan perlas de los placeres para contrabando. Saben que vendrá el sirio Hobuac a buscarlas. Abajo, ya en la gruta, cuyas paredes están ahora cubiertas de oro, Leiziaga asiste a un areyto⁴, estimulado por aquel elixir de atabapo y un polvo gris que se mandó por las fosas nasales. Allí verá a Nila bailando entre hombres "tatuados, con plumajes resplandecientes y mujeres de senos dorados y adornadas de conchas" (67); conocerá entonces a Vochi, su historia.

Esto es muchísimo más complejo de lo que puedo apuntar aquí, vale recordar.

Núñez ofrece también una versión libre del mito tamanaco de Amalivaca y Vochi, como sustrato psíquico de la tierra. A tal punto es libre esta versión, que se anuncia imaginativamente anterior a la versión de los tamanacos. Se plantea que Vochi es originario de Lanka –antiguo nombre de Sri Lanka, que alguna vez fue conocida como "la isla de los mil nombres", y cuya ciudad más poblada se llama Colombo. Vochi solía viajar por distintas tierras, y hasta fue apresado en Cnossos, antes de llegar al delta del Orinoco, donde (re) conoce a Amalivaca como un hermano por su condición divina. En esta novela, la religiosidad en torno a Vochi y Amalivaca se debe, aparentemente, a un desamparo ante las fuerzas de la naturaleza –producto de una gran inundación– y a cierta ingenuidad, propia de lo humano, frente a las divinidades y sus discursos. Amalivaca y Vochi mientan a los mortales: les dicen que ellos son sus creadores y así dejen atrás lo ocurrido antes de la inundación, para felicidad y consuelo de sus creyentes.

Mientras Leiziaga conocía el secreto de la tierra, un hombre murió en Cubagua. Al día siguiente Leiziaga cogió un arma y robó unas perlas. Fue preso y huyó, con ayuda de Stakelum. Se fue al delta.

Disculpen lo abrupto. Estoy seguro que, tras lo dicho aquí, prácticamente no he dicho nada. De vuelta, invito a leer la novela –en internet se consigue. Pero antes de cerrar quiero destacar algunas cosas:

El olvido, el miedo de las mujeres a ser violadas y la amenaza del capitalismo –la explotación y el progreso, su potencia en apariencia inagotable–, frente al cual, en nuestra vida presente –y cada vez menos– solo las etnias indígenas –la mayoría de las que quedan en el mundo entero– parecen ser las únicas capaces de mantener una relación *sostenible* y sana con la tierra –conservan *las visiones*. La cosificación de la vida, preeminentemente masculina –no solamente occidental–, parece ser la tragedia más grande de la modernidad: trasciende a nuestra especie. No pretendo con esto que vivamos como *originarios*. Acaso ya cruzamos un umbral y la tragedia, como el destino, es inevitable. Pero sí quiero recordar que, de todos los tiempos que recorre la novela, esta es la última oración de *Cubagua*. "Todo estaba como hace cuatrocientos años" (91). Quinientos años después... ¿? ☺

*Núñez, Enrique Bernardo. *Cubagua*. Monte Ávila Editores, 2011.

- La raza, que hoy puede suscitar sensibilidades, es la palabra que usa Núñez. Él, que tuvo una formación positivista, solía referirse con amor y admiración, sin ambages, a las "razas vencidas": indios y negros.
- Fernández de Oviedo en *Enrique Bernardo Núñez*, Yagüe Jarque, Eloi, 38.
- Plantas carnívoras dicotiledóneas. La palabra *nepente* ("que disipa el dolor") proviene de Grecia, allí era una bebida divina que inducía el olvido.
- Ritual indígena, particularmente de la zona Caribe, con un sentido de inscripción histórica, a través de un cantar–bailando hechos del pasado.



ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ
CUBAGUA
MONTE AVILA EDITORES
GOBERNACION DEL ESTADO NUEVA ESPARTA.
DIRECCION DE CULTURA

ENSAYO >> ÚLTIMA NOVELA DE ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ

El mar de la galera

"En 1938 se publica la novela en Bruselas y según, apenas llegando a sus manos los primeros ejemplares autopublicados, el autor, que en ese momento estaba en Estados Unidos estudiando documentos sobre los problemas limítrofes de Venezuela, arroja casi todos los libros al fondo del río Hudson de Nueva York"

IVÁN CANDEO

En 1932 Enrique Bernardo Núñez escribe la novela *La galera de Tiberio o Crónica del canal de Panamá y de la Mesa de Guanipa*. El título navega entre tiempos y espacios que van desde el Imperio romano hasta el llano central venezolano de Guanipa, atravesando el símbolo de modernidad en el canal de Panamá. En 1938 se publica la novela en Bruselas y según, apenas llegando a sus manos los primeros ejemplares autopublicados, el autor, que en ese momento estaba en Estados Unidos estudiando documentos sobre los problemas limítrofes de Venezuela, arroja casi todos los libros al fondo del río Hudson de Nueva York. Cuán exigente era que hizo una "performance", como era una galera... la echó al agua, dejando que en el fondo se hunda.

Bernardo Núñez en un gesto meta-literario inventa un alter ego, del cual él dice ser simplemente un transcriptor de notas más o menos desordenadas que hace públicas después de recibir una copia hecha a máquina, así acota él mismo en la nota introductoria del libro titulada *Del editor al lector*. Trata de esconder su voz en la de un sujeto que nadie conoce, un gesto que apela al "texto encontrado". La idea de este autor narrador ausente pone en cuestionamiento la coherencia del narrar, interpretada como una "crisis textual que se produciría inevitablemente, y cuya intención era reactivar la memoria como resistencia ante la crisis también de la posibilidad de narrar, de opinar, de hablar" (Bruzual, 2018).

Su escritura de frases cortas y puntos y seguidos se asemeja por momentos a los titulares de prensa escrita, invistiendo un formato de crónica periodística para ensamblar una novela de ficción de género histórico. En las mismas notas del editor el mismo EBN describe lo siguiente sobre su propio libro:

"Un relato extraño, un poco desordenado y escrito a ratos con bastante descuido y negligencia, mezcla de hechos fantásticos y de otros más reales o menos increíbles, como dos mundos distintos y contradictorios, o mejor dicho, como si en el fondo de todo aquello el uno apareciera derivándose del otro. A pesar de sus defectos, me pareció digno de que algún lector compartiese tales impresiones" (Núñez, 1967).

I Conciencia histórica y descronologización

Entre los pasajes encontramos uno que sirve como ejemplo a historiadores como Germán Carrera Damas para señalar lo que él denomina "conciencia histórica", y que Núñez elabora en la voz del personaje Herr August Camphausen. En uno de los párrafos más visionarios del libro escribe esto (copio el fragmento entero de la edición de 1967):

"Verdaderos ejércitos penetraban en las selvas. Catalogaron las plantas, crearon nuevas especies y emprendieron la explotación de la tierra. La humanidad pudo al fin gozar de sus recursos. Toda la tierra fue rodeada por una misma línea de aviación. Las cosas tenían el mismo precio en Filipinas que en Bogotá. Había un oleoducto y una misma moneda. Había un poder compartido entre dos o tres naciones. El sueño tantas veces acariciado se realizaba, puesto que de las conferencias y arreglos entre esos poderes resultaban las leyes y reglamentos que regían la voluntad de los hombres" (Núñez, 1967).

La conciencia histórica y prospectiva que señala el historiador Carrera Da-

mas, es la que permite vaticinar esta idea de globalización hace ya casi un siglo. Es esta la potencia que la historia prospectiva tiene, "nos lleva a comprender que lo existente es a un tiempo lo que ha sido, lo que dejará de ser y lo que será" (Damas, 2016). Siendo el escritor venezolano EBN un ejemplo de conciencia historia, me pregunto: ¿es acaso la historia prospectiva un tipo de conciencia alcanzada al romper la temporalidad cronológica? ¿O es una tendencia visionarista de la flecha del tiempo crónico?

II Memoria y globalización

El film *Sully y la hazaña del Hudson* es un relato biográfico "basado en una historia real" protagonizado por Tom Hanks y dirigido por Clint Eastwood. La historia narra el incidente de un Airbus A320, que tras estrellarse dos aves en las turbinas de la nave, se apagan los motores. Incapaces de aterrizar a los aeropuertos más cercanos el piloto Chelsey "Sully" Sullenberger acuatiza el avión en el río Hudson de Nueva York (otra vez el río Hudson).

Para Bruno Latour en su libro *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*, la película sirve para pensar el proceso de globalización. Según el filósofo francés somos como: "pasajeros de un avión que hubiera despegado hacia lo Global y a quienes el piloto les anuncia que deben regresar porque ya no hay donde aterrizar en ese aeropuerto, y que oyen, con espanto (Señoras y señores pasajeros, el capitán les habla de nuevo)" que la pista de emergencia, lo Local, también está inaccesible" (Latour, 2019).

En medio del suspenso, de la tensión resolutive, ("pónganse todos en posición de impacto") se abre la posibilidad al anular la continuidad, hacer críticas a las nociones de "progreso" y "teleología", atender el presente como crisis o accidente. Se repite la pregunta: ¿La globalización en *La galera de Tiberio* es una ideología de progreso evolutiva? ¿O es la globalización el escenario turbulento de una narración que entreteteje tiempos históricos?

Nada autoriza que los referentes de espacio y tiempo que aparecen sean evidentes como "local" y "global" (Latour, 2019), o como pasado, presente o futuro. Este tiempo que se fragmenta y se proyecta es "el mismo sentido en que lo son los distintos aspectos que un

caleidoscopio nos presenta" (Benjamin, 2005), como un "juego caleidoscópico" lo va aceptando y armando el propio lector. Lo que hizo Núñez en 1932 fue crear canales imaginarios. Se alternan y se combinan historias reales y mitos para así apelar a algo que no es exactamente el pasado, es una narración multitemporal que emplea equivalentes actuales a la de la Roma imperial y que va de relato imaginario a descripciones de noticias misteriosas del pasado.

El tiempo en el que en principio se sitúa la narración no se limita a los años 30 del siglo XX, el personaje Herr Camphausen dice en medio de un silencio: "Mi historia se desenvuelve en la presente centuria y en las venideras" (Núñez, 1967). Se supone que algo también puede arquear la flecha del tiempo y dispersar los proyectos de los modernos lanzados al futuro.

III Montaje heterodoxo

La imagen del Canal es una metáfora sobre la comprensión de la noción misma de socialización como un valor de quiasma entre dos lugares de habla, y al mismo tiempo dialéctica, destacando la separación de los dos océanos: "El Pacífico tiene los ojos oblicuos. El Atlántico -al contrario- es rubio o moreno" (Núñez, 1967). La novela presenta una almazuela narrativa, una pluralidad dialógica fundada en un "rompecabezas del tiempo", de prácticas y discursos significantes como puede sentirse al leer e imaginar la geografía de fondo desde la cual se escribió: el canal de Panamá de principios del siglo XX: "¡Qué vía magnífica digna de César!" (Núñez, 1967).

Hoy parece haber más fundamentos para proceder a este tipo de conexiones diversas, mucho más que hacen cien años, justificadas por la tecnología de redes y por el hecho de la ejecución posible de cualquier gesto conectivo. Mientras escucho "El día de mi suerte" de Héctor Lavoe pasa por la plancha un hígado de oveja, y sin mucho esfuerzo, después de haber aprendido a identificarlo, se tocan la suerte astrológica de un hombre y el aspecto de un hígado en su punto. Sin embargo, me pregunto: ¿habiendo la apertura a configurar constelaciones o, más bien a encontrarlas siguiendo el rastro de autores como Didi-Huberman, se justifica cualquier tipo de conexiones que hagamos?

En el accidente se encuentra una ex-



traña conjunción de dos duraciones, la apertura a la aceleración repentina de un avión que despegue y la supervivencia del inmovilismo en una colisión que deja a los pasajeros paralizados ante el impacto. Que haya una interrupción que cambie las perspectivas hace que se modifique las concepciones y los saberes, cuando el tiempo deviene de repente turbulento parece que se desmonta algo del devenir lineal. En el cine, por ejemplo, cuando se detiene la imagen nos permite arrojar también una verdad de la temporalidad, se pierde la ilusión de continuidad en el sentido cinematográfico de devenir narrativo y comprendemos de qué está hecho el aparato discursivo. Esa conjunción de tiempos, dos velocidades, dos tendencias a menudo reducidas a móvil/inmóvil, se pueden trabajar.

IV El discurso del historiador

La propuesta de escritura novelesca en esta obra cobra visos de montaje cinematográfico. Es historia, ficción y crónica, forma de montaje con pedazos en la que aparecen titulares de prensa de estilo periodístico en la inserción de pequeñas reseñas. Un libro de historia y una novela como dos formas de la realidad, que Núñez hace que desemboquen en la memoria colectiva de los hechos a través del relato. Con esta novela se reafirman la imprecisión en las fronteras entre la narración histórica y el relato imaginario.

Esta perspectiva no coincide con el rol tradicional de la historia oficial. El discurso histórico en *La galera de Tiberio* es esencialmente una elaboración imaginaria, pero siguiendo a Barthes; no lo es todo discurso histórico si entendemos por imaginación el lenguaje gracias al cual se enuncia? *La galera de Tiberio* sirve para preguntarse por la precisión sobre el lugar de realidad en la estructura discursiva de la historia.

V La ruptura permanente

Presunciones como estas siguen sirviendo de ejemplo en la historiografía: "Aquel que no conoce su historia está condenado a repetirla" o "...la verdad, cuya madre es la historia, émula del

tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir", escribe Borges copiando el *Quijote*. Estos enfoques se afincan en la cronología del tiempo pasado, presente y futuro, pero lo que advierto como lector en la literatura de *La galera de Tiberio* no tiene como objetivo mirar los cambios o señalar fácilmente que las cosas eran diferentes en otras épocas, sino entrar en un proceso no-teleológico e infinito de cambios permanentes. ¿Existe en la naturaleza y en las sociedades un fondo permanente, una historia inmóvil de larga duración?

Debido al esfuerzo por comprender a otro ensayista del tiempo histórico, que invita a "ver en las causas de los hechos históricos vivas revelaciones de la sustancia, que es la causa eterna" (Unamuno, 2005), se advierte que la "tradición eterna" se puede reflejar en el futuro. No en el sentido de "la historia se repite", sino que son los fenómenos humanos los que son constantes. El personaje Herr Camphausen analiza la recurrencia de valores culturales en *La galera*: "Era, al parecer, un profeta de la historia cuyas profecías se basaban en el pasado. Pensaba seguramente que todo debía ocurrir como ocurrió antes o que la historia debía repetirse con nombre distintos". Es decir, ¿que en la tradición eterna está la historia prospectiva?

El ser humano ha cambiado mucho en su mente y hasta en la constitución de su cuerpo se siguen propiciando cambios revolucionarios. El mismo trabajo destructor que hace el tiempo de Cronos parece que siempre va a permanecer, ¿cómo escapar a la destrucción del progreso? ¿se puede escapar de la ruptura permanente? Quizás sea necesario quitar la mirada fetichista hacia al futuro y reconocer que hay luces de neón que parpadan por defecto en las que se puede leer *statu quo*. La continuidad está condicionada por la ruptura, es decir, la noción de cambio es un componente que permanece. Después de un momento de silencio, otro personaje de *La galera*, Pablo Revilla, dice:

"Esta inquietud por el futuro es parecida a la que experimentamos ante las ruinas: en el fondo es una inquietud por nosotros mismos. Nos damos cuenta entonces de que nuestra vida es demasiado efímera" (Núñez, 1967).

Y parece haber en la turbulencia de lo que eso representa, tanto en el arte como en las ideas, una aspiración de trascendencia del tiempo cronológico. Las cosas y los acontecimientos se dan en momentos determinados, el sentido que constituye la aparición de la cosa o del acontecimiento llega después de ellos, se le pone su nombre y su fecha. Se imponen así en un primer plano de realidades informativas que sirven para la erudición. Pero sea cual fuere la importancia del hecho histórico, los datos suelen desvanecerse en la superficie, se roen o corroen, no se conserva en la memoria sino en virtud del principio, de que arraigado en el recuerdo es que enciende la imaginación profunda, donde todos en verdad podemos perdurar. ☉

Bibliografía:

- Barthes, Roland (2021). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Paidós.
- Benjamin, Walter. (2005). *Libro de los pasajes*. Ediciones de Rolf Tiedemann. Akal.
- Borges, Jorge Luis. (1971). *Ficciones*. Emecé, 1971.
- Bruzual, A. (2014). *Crisis textual como propuesta narrativa en La galera de Tiberio*. Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- Damas, G. C. (2018). *Historia prospectiva: Sobre la prospectiva histórica para auxilio de planificadores, economistas, politólogos, internacionistas... e historiadores*. Editorial Alfa.
- Didi-Huberman, Georges (2006). *Ante el tiempo, historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Adriana Hidalgo Editora.
- Didi-Huberman, Georges (2010). *AtLAS ¿Cómo llevar el mundo a cuestas?* T.F. Editores.
- Latour, Bruno (2019). *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*. Taurus.
- Núñez, E. B. (1967). *La galera de Tiberio*. Universidad Central de Venezuela.
- Unamuno, M de. (2005). *En torno al casticismo*. Ediciones Cátedra.



CENTENARIO >> *IFIGENIA*, DE TERESA DE LA PARRA

Entrevista a María Fernanda Palacios

La entrevista que sigue fue publicada en 2002 (*Verbigracia*, diario *El Universal*), a propósito de la publicación del libro *Ifigenia. Mitología de la doncella criolla* (2001, Ediciones Angria, Venezuela). María Fernanda Palacios es poeta, ensayista y biógrafa

MILAGROS SOCORRO

A finales del año pasado (2001) apareció, en la Colección Literatura Hispanoamericana del sello venezolano Ediciones Angria, un ensayo que ya ha comenzado a leerse con fervor y del que aseguran los entendidos que habrá de convertirse en un clásico. Se trata de *Ifigenia. Mitología de la doncella criolla*, de María Fernanda Palacios, quien entregó el voluminoso manuscrito –más de mil cuartillas componían el original– tras dedicarle muchos años, décadas, y muchas lecturas a *Ifigenia*, la novela de Teresa de la Parra (1924), en torno a la cual reflexiona.

En el entendido de que “lo virginal”, asunto que recorre todo su libro, no tiene que ver con la castidad física, ¿a qué alude esta noción?

Al arquetipo que sustenta no solo a los personajes de la novela sino de toda nuestra historia. María Eugenia Alonso, protagonista de *Ifigenia*, condensa ese elemento pero podemos encontrarlo en toda nuestra literatura, en el periódico, en toda la cultura nacional. Lo virginal es una actitud ante las cosas, que absorbe muchos complejos históricos, culturales y psicológicos, que el venezolano arrastra desde la fundación de la nación; y que tiene que ver con rigideces, con actitudes excluyentes, con una manera de zanjar las cosas (que puede ser con el machete o con la palabra).

Que de ambas formas lo hemos hecho.

Y lo seguiremos haciendo. Ese complejo de lo virginal es, a la vez, una reserva que nos conecta con lo natural, con la Naturaleza, que no podemos sacudirnos ni quitarnos de encima porque es parte de nuestra humanidad y no solo lo tenemos nosotros sino muchos otros pueblos. Lo que podemos es tener conciencia de que esos complejos están allí para aprender a vivir con eso.

¿Qué dejan afuera esas actitudes excluyentes?

Cualquier cosa: aquello con lo que no me identifico, lo excluyo. Es la actitud que determina esto sí y esto no. Se trata de esa falta de flexibilidad de todo lo que circula por un solo carril, esas actitudes rígidas, inflexibles, que se expresan en esos fundamentos de pureza que están en la base de nuestra cultura. Las culturas se forman en roce, en pugna, con esos complejos virginales que intentan impedir el paso de todo lo extraño. Esa actitud, llevada a todos los ámbitos de la vida, aparecen en el discurso político, en la cotidianidad y en la estética. No es fácil definir el elemento virginal, de hecho, la novela permite algo que el discurso ideológico no, porque la novela muestra una historia, echa un cuento a través del cual van aflorando esos contenidos profundos.

Esas actitudes excluyentes, ¿son las que nos conducen a la intolerancia?

Efectivamente. Hay un elemento virginal forzoso que está en todas las



MARÍA FERNANDA PALACIOS / ©VASCO SZINETAR

culturas, que constituye una reserva, una especie de selva virgen cultural, un gran pulmón, donde no entra nada. Pero, al mismo tiempo, si se permite que eso sea lo único que prive, se convierte en una fuente de sectarismo, intolerancia y rigidez.

¿Teresa de la Parra se propuso dar cuenta de esos complejos virginales?

Teresa de la Parra no tuvo más propósito que contar una historia. Y tuvo el tino de dejar que esa historia se contara, sin interferir, dejando que todos esos complejos afloraran a través de la muchacha, llamada María Eugenia Alonso, que empezó a vivir y a crecer dentro de ella. Tuvo el talento de limitarse a narrar, sin pretensiones estéticas ni de forzar la novela a ser un ejercicio de cabriolas vanguardistas; ni mucho menos para vehicular una ideología o una tesis sobre Venezuela. Yo creo que un escritor da con una imagen, con un asunto, que está tan articulado con las memorias de un país y una cultura, porque se ha nutrido tanto de ellas, que a veces pasa mucho tiempo para que eso pueda verse, porque el artista no siempre es consciente de todos los contenidos abarcados por su obra.

¿Usted dio con una imagen cuando comenzó a trabajar con *Ifigenia*?

A veces uno no encuentra la imagen sino que esta lo encuentra a uno. Eso fue lo que me ocurrió. Y uno no sabe cuándo comienza ese encuentro. Creo que mi interés en *Ifigenia* se re-

monta a los años 60, cuando yo estudiaba Letras en la UCV. Y, luego, leyendo a Lezama Lima, a Pavese, nos dio, a Jaime López-Sanz, y a mí por volver a leer novelas venezolanas, sin ningún proyecto; este llegó después, cuando empezamos a apasionarnos por lo que estábamos conversando. Yo me incliné hacia Teresa de la Parra porque sus novelas me gustaban desde joven; y era un mundo que yo conocía, que tenía mucha relación con mi propia historia, mi memoria, con lo que yo he vivido. Estaba la dificultad que implica la cercanía con el tema pero también la empatía con ese mundo.

¿Cuál es su afinidad con el mundo de *Ifigenia*?

Para mí la conexión se llama patio, dulcería criolla, tías, abuelas, el dulce de la chipolata, los recuadros de París, la Mercedes Galindo que habla intercalando palabras en francés. Es un mundo familiar que yo he vivido y que forma parte de mi herencia.

¿Y no es un poco riesgoso?

Claro. Al meterse en eso, uno se esta sumergiendo en sus propios complejos. No es que esté hablando de algo que esté afuera: si eso me importa es porque es algo que uno sufre y que uno lleva en su mente. Pero a la vez, eso es lo que hace urgente el trabajo.

En su ensayo se alude con frecuencia al complejo de la pobreza.

Una las cosas más apasionantes que tiene *Ifigenia* es la manera como deja ver un conjunto de miedos y de complejos, de nudos afectivos, que son como islas de inconsciencia, donde hay

elementos inconscientes muy tenaces que no son personales sino que vienen de la historia colectiva. En la novela de Teresa de la Parra encontré que esa quejadera, esa rebeldía, esa inconformidad, que vemos en el espacio público venezolano tiene muchas conexiones con la quejadera que se produce dentro de la casa: el famoso sacrificio. “Mira, mijito, que yo me he sacrificado por ti”. Ese discurso casero que genera una especie de mitología familiar no es muy distinto de aquello que en la calle se presenta con el machete: el que se sacrifica por los demás, el alzado. Estamos acostumbrados a ver la obra de Teresa de la Parra como un mundo íntimo, lindo, nostálgico, de la casa, una añoranza por una Venezuela que se fue, la Caracas de los techos rojos... y afuera, esa cosa desalmada llamada el país, la política, el heroísmo, lo maluco. Mientras más leía *Ifigenia*, más claro se me hacía la terrible circunstancia que le espera a César Leal (personaje de la trama) cuando regrese a su casa: una mujer sacrificada, casada con alguien a quien desprecia, por las convenciones, por el peso de la familia; eso debe ser algo tremendo. Lo que trato de demostrar es que, además de la novela linda, íntima, llena de mujeres que bordan y cocinan, hay allí otros ángulos, otras voces, u otra manera de percibir a la protagonista, entregada a un sacrificio con uñas, detrás del cual hay algo tremendamente desalmado también. Ese sacrificio de María Eugenia se aleja de lo que se entiende como tal

en una sociedad tribal, donde hay una entrega; ahí lo que hay es un gran voluntarismo, no hay entrega. Hay algo que, en verdad, no se sacrifica. Ella está encaramada en una retórica del sacrificio que la blindo para no sacrificarse.

¿El verdadero sacrificado termina siendo César Leal?

No lo sé. Ojalá yo pudiera escribir la novela de César Leal, de quien no sé sino lo que María Eugenia me dice, lo que me deja ver la novela. Pero en *Ifigenia* no hay tal sacrificio.

La novela, ¿ha podido tener otro final, distinto al matrimonio forzado?

No lo creo. De haberlo tenido, sería una novela de tesis, de liberación femenina. A mí me parece mucho más interesante así, porque me ha permitido ver los vínculos entre la independencia de afuera con la de adentro.

¿Ha fundado *Ifigenia* una tradición?

Yo no estoy de acuerdo en aislar a Teresa de la Parra del conjunto de novelistas al que pertenecen Rómulo Gallegos, José Rafael Pocaterra, Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blanco Fombona y Enrique Bernardo Núñez, de la que se tiende a ponerla aparte porque era mujer, era intimista y porque escribía bien (mientras que algunos de ellos lo hacían torpemente porque eran políticos). Toda esa novelística de principios del siglo XX está llena de imágenes y de conflictos que permiten abordar el tema venezolano y nuestra psicología. Si creo que Teresa de la Parra, en su desarrollo de un mundo intramuros, y como era ajena a la política, no se dejó llevar ni por planteamientos esteticistas ni por pretensiones políticas. En Gallegos hay también una gran riqueza de complejidades arquetípicas, una retórica formidable que se expresa en los diálogos; Jaime López-Sanz lleva años trabajando en eso y cuando se publique su libro tendrá muchas revelaciones al respecto. Hay que decir que no me cuento entre quienes denigran de Gallegos, todo lo contrario: todavía hoy abro una de sus novelas y no la puedo soltar hasta el final; eso es un novelista. Claro que hay en su obra un voluntarismo del educador, de la tesis, que se filtra un autor comiéndose al narrador, es cierto, pero, bueno, la literatura está llena de eso. Y, con respecto a lo que vino después, no me atrevo a negar ni a afirmar si existe continuidad de la obra de Teresa de la Parra porque no tengo la distancia suficiente para percibirlo.

También se encuentra en su ensayo frecuentes referencias a la incontinencia verbal venezolana.

Nosotros hemos crecido admirando al “pico de oro”. En Venezuela se reverencia al hombre que sabe expresarse y que no importa de qué hable, ni cómo, mientras hable. En eso tenemos una historia larga y de muy reciente revivificación. Uno admiraba a Arturo Uslar Pietri porque “hablaba muy bien”; y eso pesaba más que lo pudieran ser sus ideas, lo importante es que era un pico de oro. Pero eso tiene una sombra: el que no puede expresarse así, el que no habla. Cuando uno estudia la retórica no puede perder de vista el otro polo: la torpeza para expresarse, que también está en nuestra historia y por eso vemos, cada vez con mayor frecuencia, la palabrería. Somos una república palabrero, donde lo importante es hablar, no importa de lo que sea, yo vengo aquí y llevo con una lenguarada, voy a dar a clases y hablo hasta por los codos... yo hablo mucho, soy parte de esa incontinencia... entonces lo extraño es el silencio. Hay una manera de relacionarse con la palabra que excluye el silencio y los momentos de torpeza expresiva. A esto se añade otra cosa, muy común en nuestro medio intelectual: “el diente roto”, esos silencios que no dicen nada ni incuban nada. En suma, somos un país palabrero, donde no existe conexión entre palabra y acción. Y el estudio de la literatura venezolana nos ofrece un invaluable material para indagar en torno a esto. ●